

EL CONDE ANSÚREZ

224-B

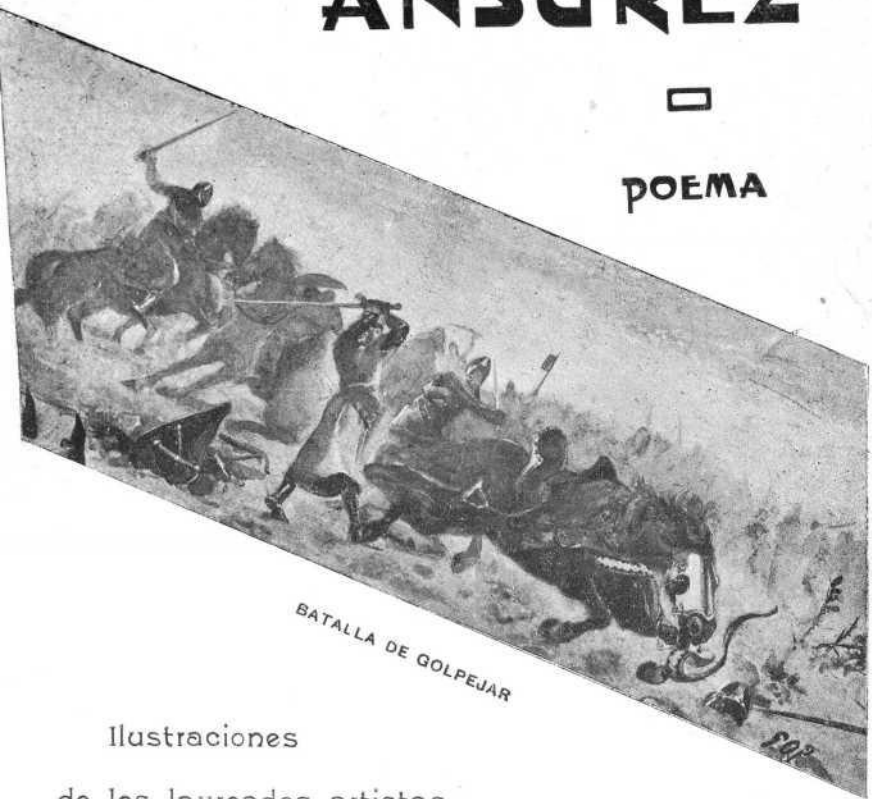


DARIO VELAO

EL CONDE ANSÚREZ



POEMA



BATALLA DE GOLPEJAR

Ilustraciones

de los laureados artistas

DOÑ GABRIEL OSMUNDO GOMEZ

y DOÑ JOSÉ GOMEZ





A. 80.827

DARÍO VELAO

EL CONDE ANSÚREZ

==== POEMA ====

Obtuvo el premio concedido por
la Academia de Caballería en
los Juegos Florales de Vallado-
lid, el 27 de Septiembre de 1911



IMPRENTA CASTELLANA.—VALLADOLID

*Es propiedad del autor, cuyos
derechos quedan convenientemente
registrados, conforme á ley.*

Al Excmo. Ayuntamiento de Valladolid

Excmo. Señor:

El primer trabajo de esta índole que se dedica á ensalzar la gran figura de Pedro Ansúrez, no puede ni debe tener otro valedor que el Municipio vallisoletano, en quien se concretan el sentir de toda la ciudad, el hondo latido de su gratitud hacia aquel noble señor que echó los cimientos de su presente grandeza, el culto hasta hoy aquí jamás amortiguado para cuanto fué y es gloria y esplendor de la Caballería española.

A vos señor, como indigno discípulo de aquel gran Zorrilla, entrego el patrocinio de este libro y, como el insigne vate hubiera hecho sin duda, espero le acojais con bondad é indulgencia, que si es, como mía, obra ruin y deleznable, por el supremo fin que ella lleva es digna de todos los vallisoletanos apoyos.

Dario Velaz.


Valladolid 1.º de Enero de 1912.

A LA ACADEMIA DE CABALLERÍA



Estimular el noble impulso que mueva á cantar las glorias de uno de los más grandes caballeros, es patriótico y generoso, y es por tanto digno de ese ilustre Centro de Enseñanza, á quien el autor envía rendido testimonio de gratitud.

INVOCACIÓN



EN el confuso batallar del día
donde la gloria peligró de muerte,
cuando el pasado, en hosca lejanía,
cual muda esfinje nos contempla, inerte,
hora es ya ¡vive Dios! que la poesía
de su sopor á la nación despierte
mostrándola en estrofas y canciones
de otro tiempo mejor las tradiciones.

Salgan, pues, de sus tumbas los atletas
que al honor nacional nos empujaron,
vuelvan á ser viriles los poetas
que en el desierto su laud templaron;
exhúmense, magníficas y escuetas
aquellas glorias que á Castilla honraron,
que así como ellos surjan, evocados,
morirán los fingidos encumbrados.

En loco anhelo destruir supimos
aquella fé que al triunfo nos llevara;

en entredicho su valor pusimos
mintiendo ciencia, de cultura ignara;
nada en reemplazo del destrozo hicimos
que la roza fué estéril, torpe y cara,
y así que al Cid hubimos de negarlo
ni un héroe quedó para contarlo.

Tú ¡oh Conde! que en sepulcro miserable
duermes la paz del eternal misterio,
surge á mi voz, más noble y venerable
cuan más villano y ruín es mi salterio;
sea tu fama ejemplo saludable
que al bien conquiste dilatado imperio
y vaya espectros, en suprema justa,
venciendo brava y humillando augusta.

De tu ciudad en el confín que exorna
todo un plantel de vates venerados
á la memoria con amor retorna
el historial de sus antepasados.
No más precisa, pule, vé, ni adorna,
que él por sí lleva gérmenes sobrados
para que engendre á cada noble traza
un más rico portento de la raza.

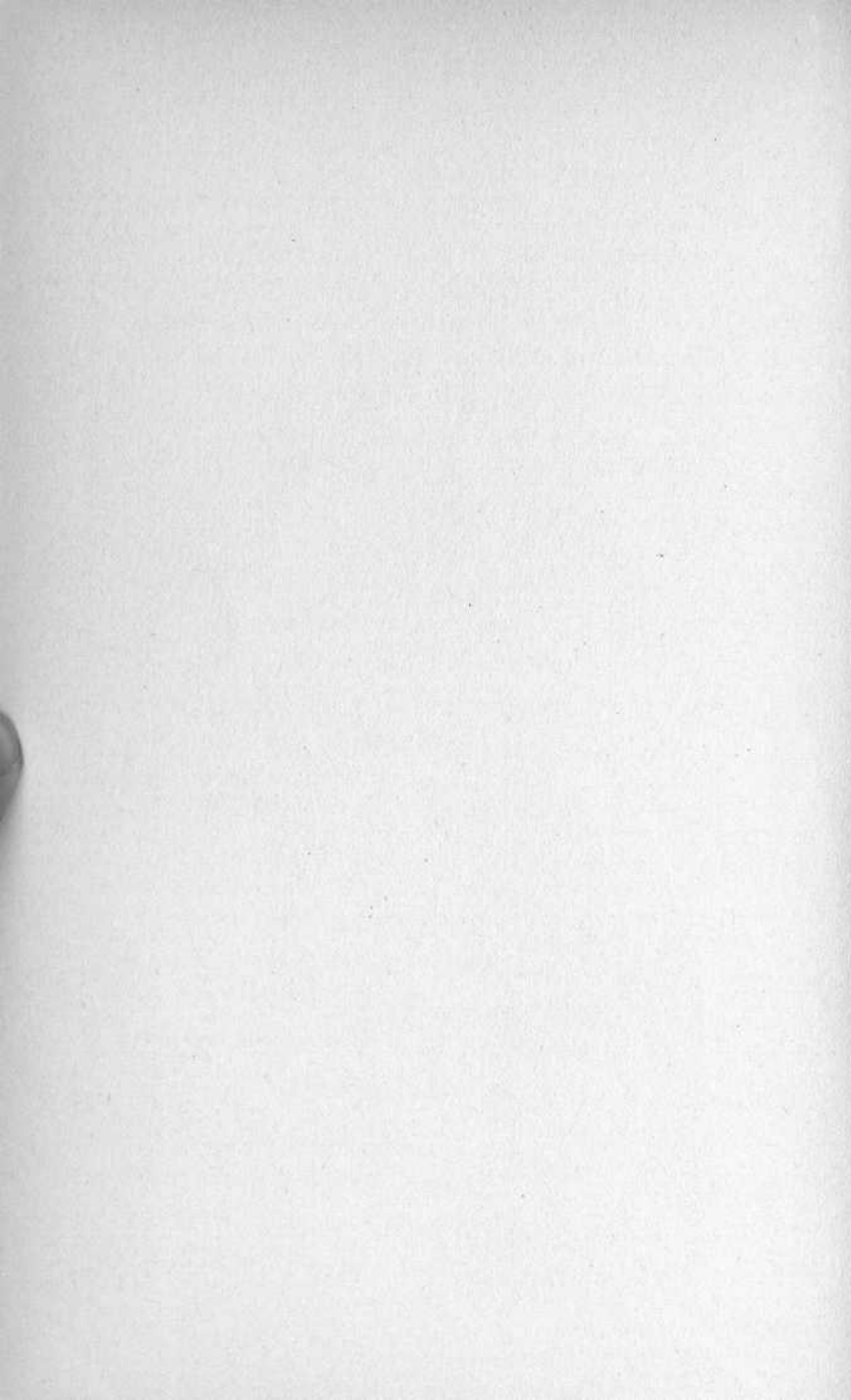
Podrán acaso casquivanos ecos
alterar de la musa la armonía;
que abundan los espíritus entecos
y es para ellos mortal la luz del día;

mas ¿quién podrá de sus cerebros huecos
 temer venganza ni labor impía
 si enfrente han de tener á los honrados
 ecos del bien que fueron exhumados?

Aliento, pues, al trovador errante
 preste la grey que luchará valiente,
 ya que á lo viejo vuélvese anhelante
 cansada de una musa decadente;
 temple el laud el bardo caminante
 y haga que surja del pasado ardiente
 la augusta faz de los que no han podido
 morir aún, ni al golpe del olvido.

¡Oh manes de los bravos que supieron
 legarnos tan hermosas tradiciones!
 Aunque aventar vuestro valer quisieron
 nada lograron torpes corazones:
 más grandes sois cuanto ellos chicos fueron
 y ganais cada vez en proporciones,
 que á medida que el tiempo va pasando
 todo vuestro valor va aquilatando.





PARTE PRIMERA



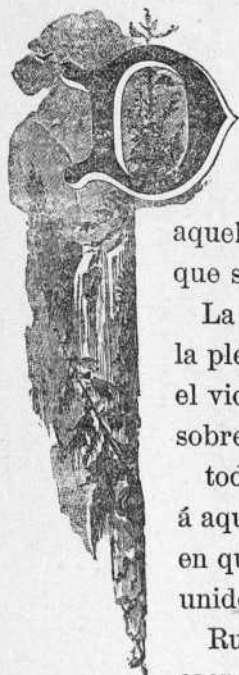
Nobleza

I

La Invasión

«Si Dios os concede la victoria
no abuseis de ella.»

MUZA.



DE un confín á otro confín
del fértil suelo, asolaron
aquellas huestes de Muza
que sobre España han marchado.

La tibieza de un monarca,
la plenitud de un descanso,
el vicio que hizo su presa
sobre los godos hispánicos;
todo contribuye, al fin,
á aquel espantoso cuadro
en que á un cetro que se pierde
unido vá un pueblo esclavo.

Ruedan blasones por tierra,
caen valientes vasallos,
cede la miés al empuje
del huracán insensato,



De un confín á otro confín
del fértil suelo, asolaron
.

y toda la tierra ibera
es del ambicioso arábigo
feudo para su mesnada,
gloria para su serrallo,

lugar para su delicia,
vergel para su regalo,
para su Profeta templo,
y escuela para sus sabios;

que huye la gente cristiana
sin aliento ni descanso
hasta las lejanas cumbres
del litoral asturiano,

y los que al nuevo señor
se entregan, sin disputárselo,
vidas y haciendas le ofrecen
en rendimiento villano.

Mudas quedan las planicies,
desiertos quedan los páramos,
solo revientan los ecos
del galopar despiadado

de aquellos grandes ginetes
que del Atlas emigraron;
solo avizoran los ojos
de rapantes pajarracos

que van buscando una presa
entre cadáveres tantos.

¿Qué poderoso ciclón
más devastar pudo campos

ni qué mágica venganza
caer sobre el castellano,
que más asuele las mieses
y más anule collados

y más selvas despedace
y más difunda el espanto,
llenando de sangre y luto
los antes risueños llanos?

¡Ah, la tierra estremecida
se sume en letal espasmo
y las fieras y los hombres
mueren ó caen sojuzgados!

Sobre los recios tallares,
sobre los enhiestos páramos,
sobre las vastas planicies
y los florecidos campos
pasó una medrosa turba
de caballeros bizarros
que tras de sí dejó solo
sangre y luto, hiel y espanto.

Desde Alandulus vinieron
los escuadrones korámicos
y al golpe de sus alfanges
á Castilla despoblaron.

Es fama que sus bridones
no dieron paz al arraso
hasta no dejar desiertos
ó rendidos los poblados.

Ya no suena en la espadaña
el esquilón del rebato,
ni se alzan sobre los muros
las cruces de los santuarios,
ni á la oración de la tarde
regresan los castellanos
de la labor reposada
que fecunda el suelo hispano.

Por la Cruz la media luna,
por la campana el heraldo,
por la esperanza y la fé
la pelea y el escarnio:

que esa ha sido la misión
del moro expedicionario,
brindada por Don Julián
en venganza de un escarnio.

¡Jamás se vió tan gran golpe
de ginetes mauritanos,
de mogrevinos zenetas,
de ibrahimes egipcíacos,
de sarracenos, oriundos
del Atlas y de Damasco;
ni nunca se habían visto
tales y tantos caballos
de nervioso continente,
de fino, elegante, trazo,
de tan sonoro piafar,
de galopares tan rápidos

de crines tan abundosas,
de poder tan duro y bravo,
de mirar tan encendido,
de alentar tan fuerte y ámplio,
de pelo tan reluciente
y de descansar tan parco.

Allá van los de Mahoma,
tras de sus potros llevando,
á las colas oprimidos
y por el cuello trabados,
tantos esclavos hebreos,
tantos godos castellanos,
tantas mártires cristianas,
tantos niños sin amparo,
tantas doncellas vendidas
al poder del más osado,
tantos viejos sin hogar,
tantos fieles sin sagrario.

Bajaron desde las cumbres
que al Mediodía escalaron
y en una loca carrera
hasta el Bernesga han llegado,
sin que se librase un solo
de los pueblos carpetanos
ni resistiese al empuje
todo el gótico pináculo
de saeteros y honderos
de peatones y montados,

de villanos montaraces
y de caballeros rancios.

Las villas fueron vencidas,
sus muros brechas mostraron,
y no quedaron cimientos
de los castillos románicos

ni de las cercas ciclópeas,
ni de los conventos galos,
que en polvo y olvido yacen
luego que el moro ha pasado.

¡Ay, del morir de un Rodrigo
hasta el nacer de un Pelayo,
cuántas vidas se perdieron,
cuántas lágrimas costaron!



II

El alma nacional

«¿Quién de ambos pueblos
era más español?»

CASTELAR.



AS no es la raza que habitara Ibéria
raza infeliz de eunucos, ni de esclavos
en la odisea donde solo el grito
de muerte escuchan los vacceos campos.

No es, no, la grey que del terruño vive,
la grey que fué después, ni está su brazo
hecho á medida de pulsera innoble
que le amarre por siempre al emirato.

Bien que no deje piedra sobre piedra
el bárbaro alazán, ni deje tálamos
de honor cubiertos y en la paz sumidos,
ni sean los altares respetados,

ni la miés que en las tierras se alce ufana
no sea del incendio rico abasto;
que al despreciar la máxima de Muza
vá contra ley de humanidad pecando.

Bien que Castilla entera se derrumbe
del árabe al batir: todo el fracaso
vá á convertirse en triunfo cuando llegue
el fatal torbellino ante los altos

montes que guardan en su abrupto seno
el gérmen de un esfuerzo sobrehumano;
la semilla de un pueblo de colosos
que un día al mundo hará su feudatario.

Basta que un solo poblador perdure
de la matanza en el tremendo estrago
para que nunca tenga el agareno
disfrute en paz del suelo conquistado.

Muchos años van ya de reconquista,
más de tres siglos ha que comenzaron
á extenderse del monte hácia los valles
los compañeros del audaz Pelayo.

Se han fundido las huestes islamitas
con los que siguen el pendón morado
y han pasado á ser hijos de la tierra
los que en la tierra entrasen como extraños.

Es lucha ya que tiende al equilibrio,
casi sustenta por costumbre y hábito,
lucha porque hay dos grandes ideales,
por confesión de fées y holocaustos.

Allá y aquí se guardan tradiciones,
aquí y allá se temple el noble brazo
en aventuras mil caballerescas
de empresas que rebosan entusiasmos

Aprendieron los restos de los godos
que el invasor el triunfo ha procurado
gracias á aquél terrible valimiento
de sus ginetes y de sus caballos.

Poco á poco domina entre el rendido
el espíritu audaz del nuevo amo
y por hacer la guerra á los ginetes
dan en grandes ginetes los cristianos

y logran que el terror cunda en el moro
al advertir que llegan cabalgando
aquellos campeones de Castilla
que en la Caballería han profesado;

y así logran crear una esforzada
religión que es escuela de cruzados,
sublime hueste que dará ante el mundo
ejemplo de valor la Cruz en alto.

Entonces surgen los guerreros grandes,
nacen los Cides de valor tan raro
que hoy que no comprendemos sus proezas
los ruines por absurdos les tomamos,

y cuando no sabemos imitarles
nos damos á decir que son fantásticos,
ó arrojamos sus nombres al olvido
ante el rubor de no saber honrarlos.

Nacen los Alvar Fañez, los Ansúrez,
los Fernán, los Saldañas y los Castros,
los Moncadas, los Nuños, los Alonsos,
los Ortuños, los Laras, los Fernandos,

toda la grey de andantes caballeros
que recogieron el pendón hispano
y por cada un ultraje recibido
ultrajes dieron cien, á cintarazos.

Por igual que esta gran Caballería
vá la mahometana progresando,
y el progreso se nota en el esfuerzo,
y en la nobleza del combate alzado.

La mujer vá á servir á las legiones
de inspiradora de deseos gratos
que más y más las bárbaras costumbres
irá por el amor dulcificando.

Las pasiones de un moro arman ejércitos
que van á conquistar país cristiano:
los ojos de una esplendida sultana
talan á veces el pensíl arábigo.

Y allá y aquí combaten los guerreros
por algo más que por el odio insano
de tres siglos de luchas seculares
y tres siglos de ansiar lo conquistado.

Aquí y allá combaten, no tan solo
por el empeño de alcanzar el lauro,
sino más bien por obtener un día
de labios de una bella un rico pago.

Llena está la conquista de proezas,
llena la reconquista de milagros;
Mahoma allá combate por los suyos;
con los suyos aquí cierra Santiago.

La Cruz y la pujante media luna
se lanzan, frente á frente el reto magno.
¿Quién de ellas puede parecer vencida?
¿quién de ellas va á vencer en el estadio?

Pasaron ya epopeyas infinitas
desque surgiendo en Covadonga el rayo
sobre las huestes árabes cayera
y Alkamah viera huir á sus bizarros.

Pasaron muchas lunas; muchos reinos
de esplendoroso florecer cristiano;
mas también en las córtes de Alandulus
fué un pueblo soñador su gloria alzando.

Lo mismo que en las góticas ciudades,
en Córdoba, la bella, despertaron
las artes importadas del oriente
su prodigioso renacer fantástico.

Allá los afamados alarifes,
aquí los arquitectos de Bizancio,
elevan las mezquitas más aéreas
ó zurcen los encajes más livianos
de las suntuosas catedrales góticas,
de los templos muzárabes, orlados
de maravillas de la cantería,
de sutilezas del buril y el trazo.

Aquí y allá se justa en poesía,
se gana en gentileza y en boato,
y á la mujer un trono alzan unidos
el fervor agareno y el cristiano.

De Castillo en Castillo van errantes
los trovadores de morisco canto,



y son sus guzlas amoroso invento
que une á los pueblos en ferviente abrazo.

Ya la sultana que al cristiano sigue
enamorada del gentil cristiano,
ya la doncella noble y nazarita
que rinde al moro en el galante asalto;
ellos y ellas, en justas de titanes,
tienden á un mismo prodigioso encanto:
Una conquista más para los suyos;
para su religión un nuevo brazo.

*
* *

Tal es el cuadro que presenta España
cuando fallece el leonés Fernando
al volver de una algara venturosa
por el país del árabe amirazgo.

Quedan aún muy bravos corazones
pero, como el del rey, son bien contados,
y apenas si se buscan sustitutos,
por el miedo tal vez de no encontrarlos.

El que logró arrancar de la morisma
la posesión del cuerpo de un gran santo;
el que la hizo pagar recios tributos
y humillarse al impulso de su brazo,
un testamento deja, en que reparte
á sus hijos los reinos conquistados:
Que para rey tan grande fué preciso
que tres reyes sirviesen de reemplazo.

Dá Galicia al más jóven Don García;
el castellano trono al mayor, Sancho,
y á Alfonso, el predilecto, entero deja
su reino de León, acrecentado

con esos campos góticos que luego
á llamarse vendrán tierra de Campos,
y serán de mil luchas seculares
mansión porque los reyes disputaron.

Desde el lecho de muerte del monarca
tres coronas á un tiempo han irradiado,
tres cetros van á reemplazar á uno,
tres envidias tal vez van á acecharlos,

y en la intención justísima del padre
quién sabe si medió el error del sábio.
¡Ay de la reconquista si prosperan
las pasiones que enjendre tal reparto!



III

La demanda del rey

«Sé cortés, sé galán, sé fiel con ella.»

ZORRILLA.



ÍA de Natividad
reza la iglesia mayor
y es fiesta para los fieles
de perdurable emoción.

Los templos engalanados
aguardan al Redentor
que nacerá á media noche
entre el rumoroso son
de las cántigas de chantres
ante el viejo facistol.

En todas las cercanías
de la corte de León
prepara sus regocijos
el pueblo batallador,
y dando tregua á la muerte



y al combate dando adiós,
prepara también sus zambras
como del moro aprendió.

No hay olla que no rebose
de guiso reparador,
ni jarro que no contenga
un vinillo juguetón
á cuyas dulces caricias
vendrá el alegre sopor,
ó surgirá la alegría
con la danza y la canción.

Son panderos y rabeles
los que esparcen el rumor,



y son campanas de gloria
las que acompañan su són.

De laureles y de yedras
se enrama el templo mejor:
luce sus más ricas galas
porque va á nacer su Dios.

Mas es cierto que del mundo
el mal nunca renegó,
y que junto á toda dicha
siempre hay un nuevo dolor:

Apenas las luminarias
comenzó á encender León,
apenas alzó su canto
el muzárabe cantor,
cuando ya cierta noticia
circula, con profusión,
que en un punto las gargantas
y sones enmudeció.

El rey Fernando primero,
aquel tan alto campeón
que no respetó el empuje
del rudo conquistador,
y con la lanza enristrada
por sus tierras se metió;
el que tomó tantas villas
que es maravilla y honor;
aquel gran rey ha caído
bajo la artera traición
de una maldita dolencia
que su poder quebrantó.

Diz que se muere el buen rey
y diz que todo León
se queda huérfano triste
de tan eximio tutor.

Y en todas las cercanías
de la realenga mansión
contiénesese el alborozo
de la fiesta de su Dios,
porque agoniza Fernando
y ha pedido confesión
y uno por uno ha llamado
á quienes tiene en favor.

Todos lloran la noticia;
que sienten veneración
por aquel viejo caudillo
que tres coronas juntó.

Se apagan las luminarias
en la bella población
y en las iglesias se truecan
los cantos en un clamor
que va aumentando según
que el rey más débil quedó:

No suena de los rabeles
ni los panderos el són,
ni acuden los fijodalgos
á la casa del Señor,
porque antes van al Castillo
donde el rey se aposentó

buscando, ansiosos, certezas
de aquella gran aflicción.

*
* *

Lentamente van pasando
las horas que el tiempo urdió
con la calma con que luego
rasgáralas de un tirón,
y en una severa estancia
agoniza el noble azor
que á tanto moro aguilucho
con esfuerzo captivó.

Es ya más de media noche
cuando, dando una gran voz,
con estos mismos acentos
sus congojas expresó:

—Non dexeime meos fillos:
non de mi destra en derror
apartedes, cá es, agora,
cuando nasce meo Dios,
cuando Dios finca de me
é á buen juicio me clamó:

Aprovechedes espacio
cá poco queda, é á vos
encomiendo cá trujedes
quien resciba me capción.

Faced cá de Ansur el noble
 llegue acá sin dilasción
 cá me aprieta de una cuita
 más que del morir horror

Cien nobles corren al punto
 en busca del infanzón
 que ha días fuera llamado
 por aquel rey previsor.

Y al llegar presto á los pies
 del monarca, que le honró
 alargándole la diestra,
 con grandísimo dolor
 así el Conde, prosternado,
 al rey Don Fernando habló:

—¡Qué tenedes mio rey,
 que hais perdido la color
 y está de azur vuestos labios
 tintando fiera pasión?

¡Qué tenedes mio rey
 cá non pueda mi dolor
 vengar en sangre alhamare
 tan fonesta sinrazón?

—Non te fuyas mio Conde,
 cá tú, mi paxe mexor,
 facerás magüer de padre
 para Urraca la mayor.

Déxoila yo de mis regnos
 el más lusciente blasón,

cá es la cibdá de Zamora
en donde á fincarla voy.

Y á tí dexo el mantenella
libre y quieta posesión:
jurarme has, ¡oh mio Conde!
defendella en suo honor
é non consentir calañas
del muslime campeón.

¿Sereisla fiel, conde Ansur?

—Juro serla fiel, señor,
Y así quedara investido
el gran Conde de Monzón
en el cargo más honrado
que de reyes rescibió.

Al día siguiente el rey,
después de rogar á Dios



y ser llevado á la iglesia
donde el óleo reclamó,

de su corona y su cetro
humilde se despojó
y en los brazos de los suyos
piadosamente expiró.

Su cuerpo fué sepultado
cabe el de San Isidor,
que él rescatara de moros
en gloriosa expedición.

Y tras de largas exequias
que la Corte celebró
el Conde con Doña Urraca
dió la torna á su mansión.



El conde Ansúr

«Un varón muy esforzado
Don Pedro Ansúrez se llama.»

«Anónimo».



o hay más rancio caballero,
ni ricohome más entero,
ni más ilustre infanzón,
que aquel buen conde Don Pero
de la córte de León.

Desde los tiernos abriles
con el monarca educado,
y á los quehaceres viriles
y á la guerra consagrado,
fué en los golpes más sutiles
del tizón aventajado,
y así el dominio ha logrado
de una lucida región
y con ella acrecentado
sus majadas de Monzón.

Y no hay algara ni nota
donde no oponga su cota
á la cota celebrada,

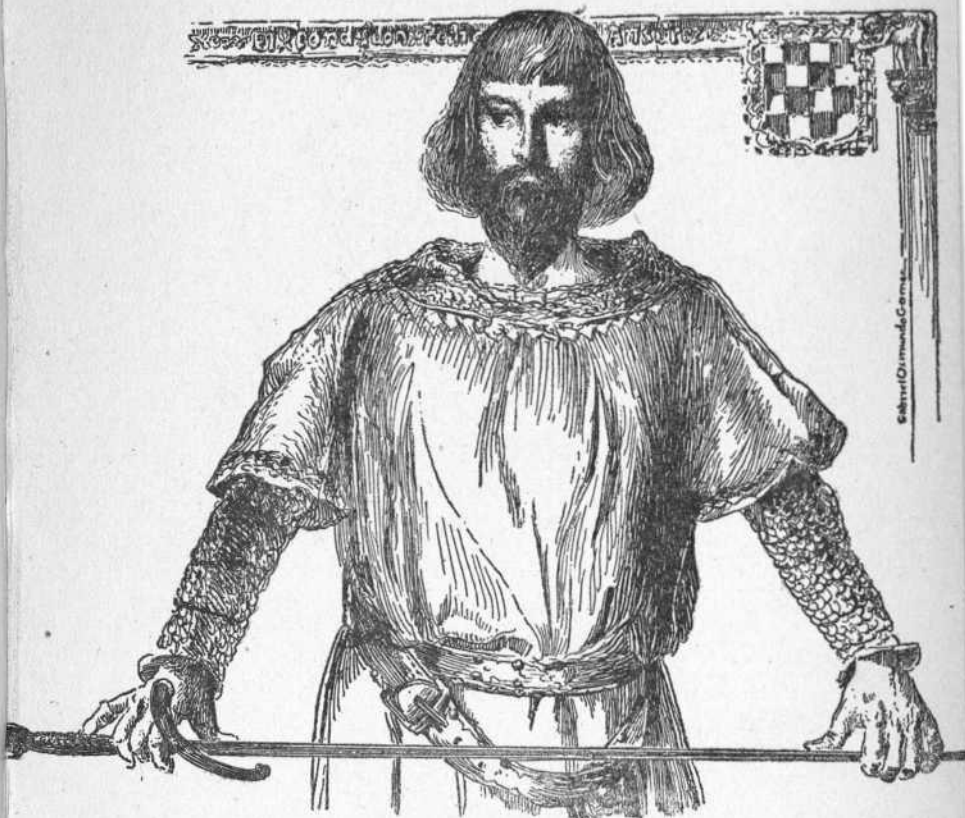
por recia y damasquinada,
que ciñe el árabe pecho,
y su lanza bien templada
vá al corazón por derecho.

Siempre que en la lid sombría
hay que oponer al ultraje
de la extraña morería
todo el cristiano coraje,
toda la noble osadía,
el valor su mano guía,
rompe en la lid con su brazo,
y vá ensanchando aquel trazo
que dá fin de la nación,
pues tiene un guante en León
y otro guante en El-Kebir,
á donde supo blandir
con raro acierto el tizón.

Cuéntase dél que es forzado,
de robusta complexión,
entre delicado y rudo,
recto, y alto, y melenudo,
y de noble condición.

Morena tiene la tez,
negros tiene los cabellos
y los ojos á la vez,
y éstos temibles y bellos.

Miradas encuentra en ellos
el débil de compasión



Editorial O. mundo & C. Ltda.

Morena tiene la tez,
negros tiene los cabellos
y los ojos á la vez,
y éstos temibles y bellos.

mas son para el enemigo
negros ojos de castigo,
que, si miran, rayos son.

Sea oriundo de Monzón,
de Carrión ó de Saldaña,
como reza un cronicón,
el Conde su estirpe amaña
con la más noble familia,
y á sus blasones aflia
otro preciado blasón,
que á Doña Elo el corazón
rinde quien no fué rendido
y de ella diz que es querido
con delirante pasión.

Corona á satisfacción
tan leales aficiones,
parte á lejanas regiones
y engrosa su casa al fin
con opulento botín
que del moro va cobrando,
pudiendo decirse, honrando
á la hueste que acaudilla,
que, como el Cid de la villa,
cuando su caballo avanza
se vá ensanchando Castilla
á los botes de su lanza.

Es su bella Doña Elo
quien de su casa hizo un cielo

y de su vida una gloria,
y, cuando lucha, es probado
que, la candente memoria
de la dama, es su consuelo
en el combate empeñado.

Tiene allá en Valle de Oli,
un palacio levantado;
la dama reside allí
y de allí el Conde ha marchado
al requerirle su rey,
mas cuenta que allí ha logrado
penetrar la altiva grey
del agareno hasta la
ciudad del Conde regida
y, á la cuenta, en trance está
apurada y oprimida;
pero el Conde llegará.

El fin dará del asedio
partiendo, de medio á medio,
el atrevido escuadrón,
y engrandecerá sus lares,
sus alcurnias y blasón
con el feudo de Alhamares
que á rendirle ha de obligar,
en desquite de pesares
que trujeron á su hogar.



La condesa Elo

«Es, sin ser como heroína
de cuento, beldad sin tacha,
un modelo primoroso
de donosura y de gracia.»

ZORRILLA.



En el gótico agimez
donde por última vez
del Conde se despidió,
fincada está Doña Elo,
que su vuelta procuró,
y preces eleva al cielo
por la guarda que perdió.
No imponen á la señora
ni la turba vengadora
ni el combate sobrehumano
ni deja paz á la mano
con enérgica altivez,
y aunque esté en el agimez
oteando en lontananza
por si ver al Conde alcanza
de su vuelta de León

no rinde á su corazón
de castellana bravía
ni aquella vuelta tardía
del ausente campeón,
ni el temor de la morralla
que en la muralla se adiestra
y se estrella en la muralla,
ni la enconada palestra
que el Pisuerga limitó,
poniendo sus ondas valla
ala sedio, por un lado,
de la mulsumana grey:

Conserva su villa al rey,
luce en ella su pendón,
y mantiene con tesón
cerco tan bien dirigido
mientras vuelve su marido
de las Cortes de León.

Es de perfecta hermosura,
chiquitita, noble y pura
de sentimientos amantes
y de exquisita ternura:
tiene los ojos radiantes
de luz que rayos fulgura,
cabellos negros, brillantes,
y tez alba, con tersura
de sedería de Oriente
ó vellorí recamado

y es, en suma, de figura
tan simpática y saliente
que es un ángel enviado
como prueba fehaciente
de que arriba existe un Cielo.

Su pié de gracia es modelo
que, como dijo el poeta,
cuando de la falda inquieta
se asoma al borde, sumiso,
ó se esconde á rás del suelo,
es que juega, al paraíso
elevando raudo el vuelo.

De sus doncellas seguida,
y por sus dueñas servida
con tierna solitud
Doña Elo bienes derrama,
que es dadivosa la dama
y de muy grande virtud.

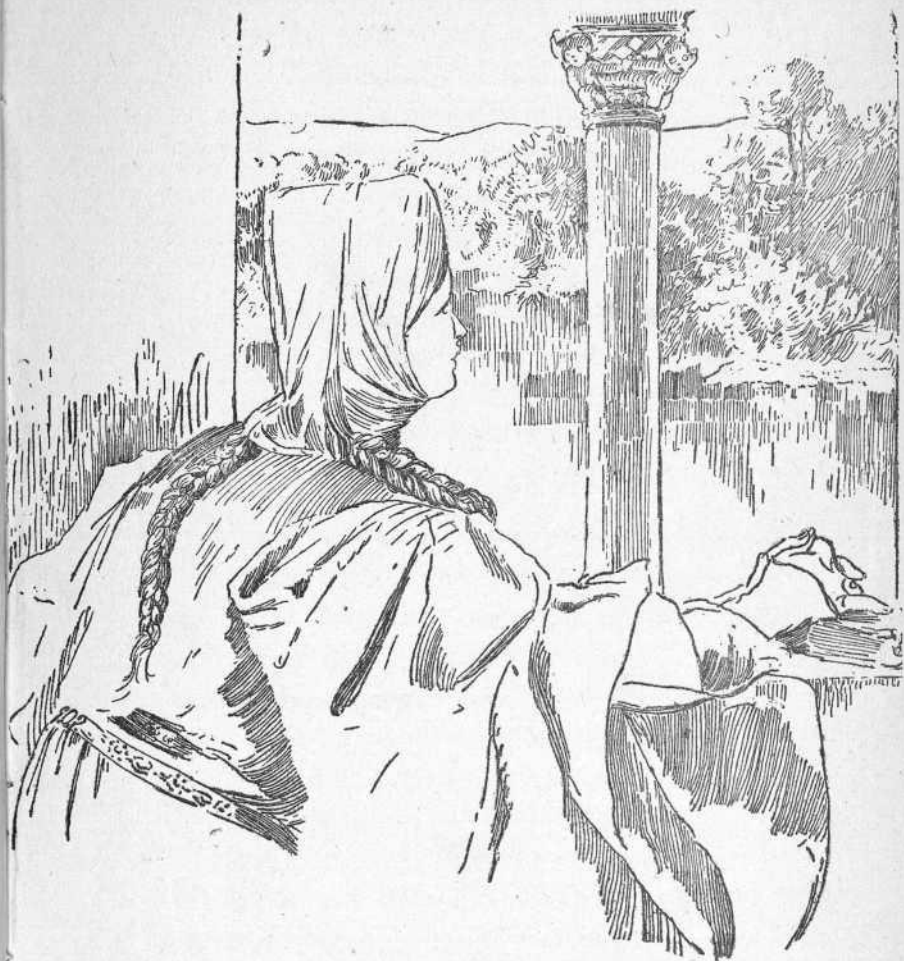
Ella recorre la villa
siempre animosa y sencilla,
mostrando noble entereza,
mientras su gente acuchilla
á la morisca nobleza
que entró de conquista al són:
y no descansa un instante
mientras haya un mal ferido
que demande compasión,
pues Dios la puso delante

del dolor, y le ha vencido
con cristiana condición.

¡Quién hay que no la venero
si es en el peligro apuesta
y de caridad portento,
que en magnífica jornada
va del campo al torreón;
si el duelo al placer prefiere
y á todos consuelo presta
y en todos infunde aliento,
y á todos parece un hada
por su amable condición!

En el gótico agimez
donde por última vez
del Conde se despidiera,
allí está la noble dama
que en vano al ausente llama
en una oración postrera.

Y teme tanto tardar,
porque no puede aguardar
la feroz acometida
que el moro se apresta á dar
ó á dar en ella la vida.
¡Quién sabe sino hallará
el que tan lejos está
la alegría que dejó,
ni quién si será mañana
muslime la castellana
villa de donde partió!



En el gótico agimez
donde por ultima vez
del Conde se despidió,
fincada está Doña Elo

.....

¡Ay! así, el bosque cruzando,
va el gavilán conquistando
nidadas mal defendidas,
y así acosa á las nidadas.
y son las aves burladas
y son las crías perdidas!

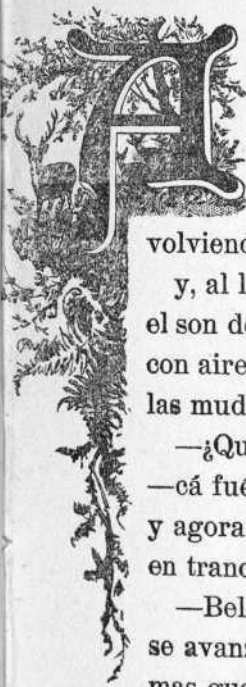
¡Y así los seres humanos
como rapaces milanos
van contra los desvalidos
en horripilante algara;
que el mal todo lo equipara:
los hogares y los nidos.



La vuelta del Oondo

«La lid entonces redoblada crece
ya en ciego frenesí toca el coraje;...»

FERRARI.



ALLÁ en los confines del rojo horizonte
la luz de la aurora colora, brillante,
la hueste del Conde, que marcha delante,
volviendo en demanda del noble solar,

y, al llano bajando, detiene al de Ansúrez—
el son de atabales que suena lejano,
con aire de reto, batiendo, inhumano,
las mudas planicies que aspira á domar.

—¿Qué sones escucho? Don Pedro pregunta:
—cá fué de mes lares que yascen sin dueño,
y agora fenescen del moro al empeño
en trance de muerte, de fama é honor?

—Bellacos, malsines, en alto las lanzas,
se avanzan rugientes y alampán los muros:
mas guardan la puerta mesneros seguros
cá facen del moro gran costa, señor.

Tal dice al ricohome su viejo escudero
que en rudas batallas siguióle valiente,
y, aun canas peinando, bravía y ardiente
la sangre en las venas le empieza á bullir.

—Avanza, buen Mendo—prosigue el ricohome:
mes lanzas mejores, que corran lijeros,
que el río vadeen mes bravos honderos,
que salven me dueña del odio de Amir.

Picando á su potro con ánsia demente
al llano se avanza, cual tromba tonante,
salvando el camino que surge delante
sin que haya aspereza que téngale allí.

Su gesto es de guerra, su aliento de fuego;
venganza le grita muy dentro el coraje,
y arrolla las mieses, y tala el ramaje,
las puertas ansiando de Valle de Olí.

Tras él caballeros é infantes veloces
descienden en rauda, terrible marea:
la hueste lucida, como él serpentea
y sueña igualmente venganza tomar:

y al llano descenden y el llano repasan,
y están ya tan cerca que ya van más fieros,
y selvas y arroyos y jaras y oteros
recorren y cruzan y saltan al par.

Mas no es hacedera la ruda demanda
que el río sus aguas desata potente
y en vano á su orilla del Conde la gente
se apiña las ondas probando á vencer.

Están bien seguros los ruines que asaltan
la villa, de toda probable sorpresa,
y aspiran á hacerla la más rica presa
que un día los Hixem pudieran hacer.

En vano el de Ansúrez intenta el socorro,
las aguas le cierran el vado del río,
y es hondo el coraje que surge bravío
mirando la lucha, sin dar protección.

Al pie del torrente los suyos contemplan
la taifa agarena que bate los muros:
mas guardan la puerta mesneros seguros
y no es presa fácil la noble mansión.

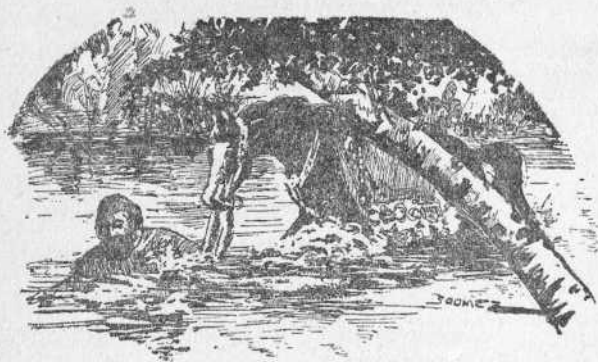
Allá en la otra orilla, resuenan los ecos,
del bárbaro embate que atruena el ambiente;
en ésta, oprimida, se agolpa la gente:
entre ambas el río también ruje más.

Y hay lucha al opuesto y hay lucha á este lado
y hay lucha de linfas que pasan, en medio,
y aumenta entre tanto su fuerza el asedio
y hay ansias de muerte, delante y detrás.

—¿Non hay quién me siga? pregunta el de Ansúrez;
y en todos los rostros asoma el espanto
que el paso tremendo mortal es en tanto
que no haya un milagro de parte de Dios:

Mas nunca reparan los nobles señores
si puede ser trance de muerte la empresa,
y el Conde su cota repudia de priesa,
su peto y su casco le siguen en pós,

y ya sin defensa, sin más que su clava
que pueda valerle, pujante y osado



las ondas rugientes vencer logra á nado
su noble caballo llevando detrás,

y, así como en tierra se afirma, ligero
se lanza, blandiendo la clava en la justa
y allí retrocede la taifa vetusta
que más es deshecha, cuando él hiende más.

Del alto del muro la gente asediada
contempla asombrada tan rara proeza,
y aumenta á su vista la ruda fiereza
que ataja del moro la ruín invasión,

y suenan alegres clarines triunfales,
y se abre la puerta cien veces ferrada,
y en busca del Conde la hueste alentada
con él en la liza levanta pendón.

No dan á la muerte reposo sus lanzas,
que ya de la muerte Don Pedro ha logrado
ventajas tan grandes, que el moro aterrado
se lanza á la fuga, tornando la faz,

y, á poco, la villa recibe al de Ansúrez
con fiestas y gozo, y ondea en el muro,
grandioso y ufano, terrible y seguro,
aquel su estandarte que es nuncio de paz.

Allá, en la otra orilla, también asombrada,
la hueste del Conde contempla el estrago;
y espera confusa; que siente el amago
de oculta vergüenza por su detención,

mas no es el caudillo quien dello se duela
que sabe que nadie lograra otro tanto,
y atiende á la empresa, salvando el quebranto
un medio que sirva de paso ó pontón.

Al fin la corriente del río es vencida
pues odres y vigas ofrecen cimiento,
y es nueva la idea y es grande el invento:
y toda la hueste se apresta á pasar,

y entre ella, y con ella, la Infanta es llevada,
y entrando en la villa la aclama la gente,
y allá, de la Antigua, rendida y ferviente,
á Dios por el triunfo logrado va á orar.

De aquel grave apuro que el Conde pasara
no pudo la historia dejar hecho escrito,
mas sí lo ha dejado por siempre el granito
que un puente famoso y enorme labró:

y así, lo que el hombre no pudo contarnos
lo cuenta la piedra que eterna proclama
si nó la leyenda, la gloria y la fama
de aquella figura que el tiempo esfumó.



PARTE SEGUNDA



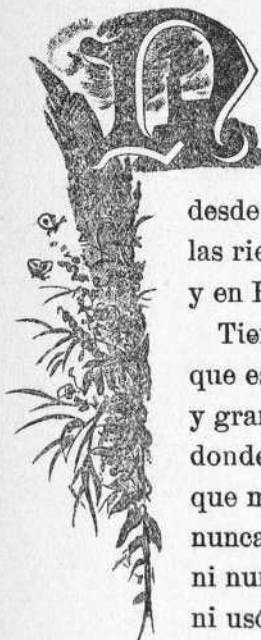
Lealtad

I

El combate de Golpejar

«Yo temo que han de llegar
á ser llamas descubiertas
si acaso no las apaga
con tiempo mano discreta.»

NASIR BEN SEYAN.



Do fueron fruto perdido
los repartos de coronas,
ni hubo mayor confusión
desde que Don Sancho toma
las riendas de su gobierno
y en Burgos se posesiona.

Tiene á su lado á Ruí Díaz
que es ambicioso de sobra
y gran zurcidor de lides
donde se conquisten honras;
que más gentil justador
nunca rescibió lisonja,
ni nunca venció adalides
ni usó mejor la tizona.

Por consejos de Rodrigo
á quien el descanso enoja

vá el rey Sancho preparando
las empresas que ambiciona;
y así que muy pronto dá
en la idea lastimosa
de borrar á sangre y fuego
la respetable memoria
del rey su padre, y hacer,
de tres, solo una corona.

Por las de León se mete
que son tierras poco sólidas
y están asaz mal guardadas
por la leonesa tropa.

Y marcha de villa en villa
logrando fácil victoria
de los de Alfonso, su hermano,
que no de la gente mora.

Altos montes atraviesa,
fértiles valles asola:
de las de León, á tierras
de Galicia pasa agora,
y aquí castillos somete,
y allá mesneros acosa,
y al empuje de sus lanzas
rueda á sus pies la corona
de Don García, que no
nasciera para la cota
ni para facer de lides
magüer se crea otra cosa.

Fácil le ha sido á Don Sancho
vencer la gallega monta,
y ya el cetro de García
suyo es, por bien poca costa,
de modo que puede ya
dar sobre León, en forma
de reducirle á obediencia
con que su gusto se alonga.
¡Más te valiera buen rey
que tanto tesón pregonas
y que tan altas pusiste
tus proezas y tus glorias,
emplear mejor la espada
por aquellas tierras otras,
las que gimen en silencio
bajo el yugo de Mahoma,
las que encierran los tesoros
de las huestes poderosas
de Abderramanes y Omeyas
en cien ciudades suntuosas.

Más te valiera monarca
seguir aquella gran rota
que comenzara Pelayo
de lo alto de Covadonga:
esa fué tu gran misión,
mas no escuchas ni razones
que es la envidia mal amigo
y á la envidia daste agora.

Tus mesnadas se coligan,
tus campeones alogas,
pones á sueldo mesneros,
moros juntas á tu tropa,
y la hueste sale al fin
toda fiera y toda fosca
para ultraje de un hermano
y usurparle tierras propias.

Del Carrión por las orillas
marchan amenazadoras
aquellas huestes alzadas
por una codicia sórdida.
No más allá de Golpejar
á las de Alfonso avizoran
y allí bien pronto el despojo
ha de registrar la historia.

Lucha Ansúrez con su rey
contra Sancho y sus caloñas
y, por fiel, arma sus lanzas
contra castellanas cotas.

Es tremenda la batalla;
botes se dan y se toman;
mandobles hienden los petos;
corre la sangre impetuosa
y son rayos las fendientes
y débiles son las lórigas.

Cuando los brutos se rinden
los caballeros desmontan

y acaba el furioso duelo
puñal de misericordia:
Y son grandes las fazañas
de tanto campeón de nota,
mas en toda acometida
dos guerreros hay que asombran:
el uno don Pedro Ansúr,
y el otro el Cid, en persona.

Son los dos, que en alto tienen
de ambos regnos fama y honra
y quiebran á trueco lanzas
sin ganarse una más que otra.
Pero al fin logra el de Ansúr
ventaja; aprieta y acosa,
y á las huestes de Rodrigo
lleva á creciente derrota,
logrando hacer que reculen
y tierra por medio pongan.


Cuando el sol toca en las lindes
de lejanías montuosas,
y la noche vá de avance
con su cortejo de sombras,
hácese alto en la jornada
por los bandos; aunque toman
como sentenciado pleito
que es de Sancho la derrota,
el cual cuando nazca el día
cejará de la ambiciosa
empresa, pues ha perdido
la flor de la hueste toda.

II

El Conde salva al Rey

«Trabó la lid, fué suya la victoria.»

ZORRILLA.



AS no llega el buen intento
del rey Don Sancho á cuajar,
que allí, en sus tiendas, ceñudo,
y con grave pena, está

el gran capitán Rui Díaz,
el Cid, señor de Vivar.

Ya han nascido las estrellas
centelleando aquí y allá;
ya las guardas se organizan,
y ya en el reposo dan
los que pudieron librarse
de la cruel mortandad.

Ya las huestes leonesas
descansan, sin sospechar
que los que yacen vencidos
de la batalla campal

pueden volver y lucrarse
de tanta seguridad.

Y á vueltas con su escozor
un consejo el de Vivar
dá á su rey, que Sancho al punto
encuentra muy natural:

—Tenedes, señor, la hueste
de vueso fratre sin más
que mediano valimiento,
pues dexan al ruin sornar
despacio que agora hobieron
para su triunfo cabal.

Sus, señor, fagamos presto
de su sueño mortandad,
y finemos este lance
que por Dios que honras non dá,
pues de tarde nos hicieron
fasta el campo recular.

Sancho admira de Rodrigo
la mucha sagacidad
y sigue tan buen consejo
haciendo luego montar
á los suyos, que en sigilo,
sobre Golpejar se ván,
y de improviso se lanzan
sobre los que duermen ya.

Despiertan los leoneses
ó no logran dispertar,

que muchos dellos encuentran
dormidos la eternidad:
se atropellan los despiertos,
cunde el temor sin tardar
y los que eran vencedores
por vencidos se dan ya,
rodando el trono leonés
ante el héroe de Vivar
que le recoge afanoso
y á su señor se le dá.

Huye Alfonso con los suyos,
pero al fin viene á quedar
en las guardas de su hermano,
quien para no recelar
de que cambie la fortuna
quiere una cogulla dar
al cautivo: En Sahagún
cuentan los monjes que están
seguros de que profesa
con renuncia al fuero real,
de donde nunca coronas
podrá Alfonso sustentar,
que á tonsuras y capillos
negado el derecho está.

Mas quien de tan grave aprieto
saque al rey no ha de faltar,
que así anda el Conde de Ansúr
con Castro y alguno más

buscando traza á la traza
de sacarle sin tardar.

Una noche en que á la luna
vela negra tempestad
y más pavor pone al ánimo
la centella al restallar;
noche en que los aquilones
conciertos horribles dan
y andan sueltos los vestiglos
danzando en la obscuridad;
cuando se mueven medrosas
las veletas, sin cesar
y se oye graznar de cuervos
y aullidos exhala el can,
cuando abandonan sus nichos
en el claustro monacal
las estátuas de los santos
que en hornacinas están;
cuando han dado ya las doce
y es hora muy en lugar
para aquelarre de brujas
que al mismo diablo se dán,
una cabalgata insigne,
nuncio de gran lealtad
logra entrar en Sahagún
y al monasterio llegar.
Alguien que atisbe y la vea
en alas del vendabal

más de endriagos la creyera
que de noble calidad,
y así pasan los que aportan
tanto esfuerzo en noche tal.

De un postigo se hace el paso
con cautela singular
y en amplio tabardo envuelto
un hombre oculta la faz,
que puede por el portante
ser el prisionero real.

—¿Dó estás el Conde mi amigo;
Ansúr el bueno, dó estás?
cá non me doy á otra guarda
nin á más fiel salvedad.

—Acá, señor, me tenedes,
y por Dios cá es fuerza dar
buena cima á esta ventura
enantes de despertar
á los perros que vos guardan.

—Pues fuyamos. —Cabalgad;

y que nos ampare Dios.

Tal las sombras dicho han
y á un trotón de gran poder
Alfonso pudo saltar,
y todos juntos se alejan,
sin ser vistos del jayán
que vigila en el adarve
la guarda del preso real.





-Pues fuyamos.

-Cabalgad
y que nos ampare Dios.

Fué bien felice el suceso,
que así se pudo evitar
que el rey Alfonso, rapado
por la tonsura claustral
perdiese el trono que luego
un Bellido le ha de dar.
Es fama que solo Ansúr
pudo hacer empresa tal
y que, al saberlo Don Sancho,
en grande cólera dá
y varios fueros le quita
que en los sus regnos están.

Siguieron hasta Toledo
los ginetes, sin hallar
quien el paso les negara
por ser gente tan cabal;
en la gran Corte morisca
pan á manteles les dá
el noble emir Al-Mamun,
que gobierna la ciudad.

Zambras y justas prepara
á su huésped por honrar,
y en todas las nobles lides
la grey castellana está
dando pruebas del empuje
de su brazo secular.

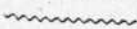
Cien veces corre el de Ansúr
el palenque, y cien no ha

quien quiera quebrar su lanza
con tan récio capitán.

«Lleguen acá los que quieran,
en aquesta liza á dar
confesión de que no es fuido
de su mansión señorial
el rey Alfonso á merced
de un furto descomunal
que rescibió del su fratre
por dolo, trance y maldad».

Una y otra vez del reto
los heraldos pregón dan
y corre de boca en boca
hasta en Burgos resonar,
mas no le recoge nadie
que fuera temeridad
la sin razón sostener
y el entuerto sustentar.

De justas tan afamadas
dió el cronista musulmán
bizarra cuenta, ensalzando
del de Ansúr el pelear:
y allí, donde el noble hallara
plaza á su rey, tiene ya
valimiento con la corte
del toledano soldán.

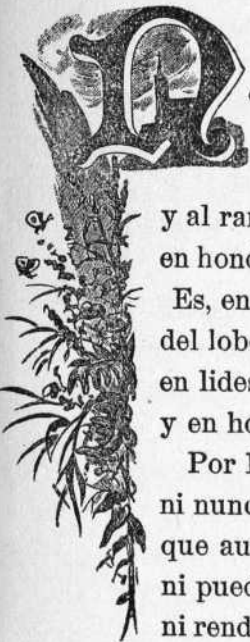


III

El destierro de Toledo

«¿Quién pensó que en la alcándara vetusta
sin libre espacio en que sus alas mida
vivir pudiera el águila robusta
para cruzar la inmensidad nacida?»

FERRARI.



o cuentan las historias del noble castellano
como en la gran Toledo sus ocios distrajera,
mas tienen como cierto que no dió paz á mano,
y al rancio caballero y al rústico villano
en honda simpatía ganara por doquiera.

Es, en la cetrería, su garza la primera,
del lobo en el acoso su dardo el más certero,
en lides y algaradas su brazo es el primero,
y en honras de batallas al moro pago dá.

Por Dios que nunca pudo la adversidad vencelle
ni nunca las tristuras del alma mostrará
que aunque el destino alargue su bárbaro destierro
ni pueden las flaquezas á prueba reducirle
ni rendirá á su brazo la pesadez del hierro
ni el corazón pujante su brío menguará.

De amores de sultanas parece rodeado
y á fé que en los misterios de algún edén soñado

para él tesoros guarden las vírgenes de Alá;
 mas ¡ah! que en el secreto del alma solo brilla
 como lucero ardiente la dama que en Castilla
 tan dilatada ausencia de fijo llorará.

Son hartos los agobios que al caballero apenan,
 pues sabe que en los pueblos cristianos aun resuenan
 los ecos del combate que Sancho provocó,
 y aun ante los deberes del noble no se aplaca
 pues el despojo intenta del lar de Doña Urraca
 que por filial respeto patrocinar debió.

Y dicen que se agolpan mil lanzas en Zamora
 que brecha en las murallas se intenta á toda hora
 y es caso milagroso que pueda una mujer
 de los embates fieros del príncipe, su hermano,
 triunfar hasta el presente, pues todo ha sido en vano
 y el muro no dió trazas á Sancho de ceder.

Mas ¡cuánto al Conde Ansúrez lacera la noticia!
 ¡con qué amargura siente pujante la codicia
 de aquel monarca ingrato que Burgos aclamó!
 ¡con cuánta hiel soporta lo largo del destierro,
 que en el combate alzado lugar no dá á su hierro,
 ni deja que en él cumpla la guarda que juró!

Cien veces sale lejos de la imperial Toledo,
 que hácia la amada tierra le impulsa su denuedo,
 y cién del castellano camino se tornó;
 que á un tiempo le combaten deberes muy sagrados,
 la guarda del monarca, del trono los cuidados,
 de Urraca la defensa que huérfana dejó.

Así, entre duda y duda, los tiempos van pasando,
y siempre, allá de tarde, el Conde va rondando
por la lejana sierra que al llano vista da:
espera allí, el cuitado, mensaje venturoso
de que Zamora triunfe del castellano acoso,
mas nunca llega el día que tal se anunciará.

Y el rey, que sufre tanto como el leal vasallo
le pide con empeño que tome su caballo
y parta, pues que tiene seguro á su señor,
mas nunca acepta el Conde, que, en la leal jornada,
la vuelta con Alfonso triunfante está empeñada,
y ó vuelve el rey reinando, ó él pierde allí su honor.

*
* *

Es tarde de bochorno; del sol la faz dorada
por entre pardas nubes asoma el ceño adusto;
resuena en lontananza del trueno la llamada
y, al soplo del nublado, se aduerme la enramada
que siempre que habla el rayo la tierra calla, al susto.

De su caballo á lomos el Conde va cruzando
los montes de Toledo, tan desvahido y blando
que no mira del cielo la furia acrecentar,
ni cuida de la nube que, rápida, avanzando,
sobre el ginete puede sus iras desatar.

¿Qué piensa tan en hondo? ¿Qué afán le lleva lejos
y siempre hacia las cumbres que otean á Castilla?

Son tantos sus cuidados, tan grandes son y añejos
que dudas solo dejan en pos de los consejos,
y en la mortal tiniebla ni un solo faro brilla.

De Sancho el desavío le deja sin su villa,
de Urraca la desgracia le pide buena cuenta,
y en su alma también ruje, terrible, la tormenta
y el noble pecho late, candente de furor.

¿Qué más temblar pudiera su espíritu sereno
si del ciclón que avanza también se siente pleno
y el alma, como el cáos, se abisma de fragor?

En negras espesuras de encinas y tallares
el Conde, siempre absorto, se mete sin pensar,
y cuando desconoce los rústicos lugares
por sendas extraviadas, entre altos retamares,
camino de la vuelta en vano quiere hallar.

Desátanse las nubes, son ráudas sus centellas,
que vienen las encinas más altas á batir;
y vá, también con ellas, la noche amenazando
y el Conde, ya perdido, sin norte, vá cruzando
la selva, á buen sendero ganoso de salir.

Como él por la espesura campean caballeros
que fueron sorprendidos en cárcabos senderos
y el rumbo en vano intentan un punto deducir,
y el Conde y los que llegan en el tallar se juntan
y, á tientas, se detienen, y á un tiempo se preguntan
la senda que á Toledo les pueda conducir.

—¿Quién sedes cá Toledo marchedes desa guisa?—
pregunta el Conde Ansúrez con impaciente afán.



...y el Conde, ya perdido, sin norte, va cruzando
la selva, á buen sendero ganoso de salir.

—Señor, de lueñas tierras nos manda, por precisa, misión de baroníes cá un trono por divisa fionos para un cierto captivo del soldán.

—¿Quién sedes?—Mas estalla relámpago azulado que inunda las tinieblas de rápido claror, y el Conde, á luz tan viva, conoce al enviado, que fué en el viejo reino, por su valor probado, del mismo rey Alfonso tenido en gran favor.

—¡Arias Gonzalo!

—El mesmo.

—Por Dios que maravilla tenedes vos á mano, tan lueñe de Castilla; yo soy Ansúr.

—¡El Conde: loado sea Dios!

cá fué misericorde facernos conducido, magüer que nos toparais acá, non más luscido en tales malandanzas por el ruar que vos.

—¿Dejástede á la Infanta?

—Dexé á la mí señora mas ove de servilla.

—¿Cá fué de su Zamora?

—Estadme, Ansúr atento, cá os voy á resomir de tantas pugnaciones é de tan gran locura los golpes de fazañas, entuertos y tristura cá púsonme en el trance de do me veis salir.

De fixo ya sabedes cá el rey quedó ganoso del zamorano fruto; lo mesmo que ambicioso ficiérase en Golpejar del regno cá el soñó, é así con gran colmada de nobles é vasallos,

á toque de atabales é golpes de caballos,
fasta las mesmas puertas membrudo pareció.

En alto la vigía tornaba mi señora,
é diz que Doña Urraca, la hueste femenciera
mirando, quiso aluego las puertas franquear,
cá non de un fratre espera caloña, mal ni exceso,
mais Dios allá me puso, pasmado del soceso
é fué cá así á me dueña conseillo vine á dar.
«Mexor es cá tenedes cá non cá deseades,
en guisa de Condados; y en vuestas heredades
del regno de Castilla non debe entrar pendón:
Los muros son impunes, la gente brava é fiera;
fagamos paxe ó liza, como Don Sancho quiera,
cá juro cá en la liza tenedes la rászón.»

Dixe; clavé portillas; apuntalé las puertas;
arietes me acosaron; mes guardas fueron muertas;
mas nada fizo mella tras tanto batallar.

Y así, del alto adarve, gritele al de Castilla:
«—Rey Sancho, acá non fincas follones ni mancilla,
cá es hueso el de Zamora cá es duro de pelar.»
Luchemos: si ganaron, gané de otra jornada,
si gentes me mataron, la sua fué alcanzada
por hábiles saeteros cá en muros coloqué,
é así, día tras día, nos fuimos sostuyendo,
fasta que plugo al cielo de consentir lo horrendo
cá fin y espanto, juntos, de la contienda fué.

Saliera al campo un día, con otros caballeros,
el de Bellido Dolfos; mas fué de los primeros

y en trucos de mensajes á Sancho se ayuntó:
 ¡Non sé de sus andanzas la ruín bellaquería,
 mas sí que, estando lexos del campo y en franquía,
 con alevoso dardo de muerte al rey firió.

—¡Traición!

—Ansí gritaron los bandos castellanos;
 mas non, por Cristo, fuera de pechos zamoranos,
 é ansí, por la me dueña, mi lanza sostendrá;
 ca non pude evitallo juráralo por vida,
 pues honras ove siempre, non saña fementida,
 y, á truco de tal sangre, non diera mi ciudá.
 —¿Y el rey murió?

—Por cierto; los suyos desmandados,
 corrieron desvahidos, marcharon acuitados,
 Zamora quedó franca, más presa de dolor,
 cá pende de sus muros la acusación precita,
 y haber, la mi señora, forzudos nescesita
 cá de la su inocencia mantengan el honor.
 —¡Partamos, pués!

—Tenéos, cá es fuerza que sepades
 cá unidos dambos regnos, señores é cibdades
 á Don Alonso quieren los cetros ofrescer
 é acá, con gran compañía de lanzas, é de honderos,
 se llegan los primados é nobles mandaderos
 é con el rey á Burgos tenedes de volver.
 —Pues, sus, Arias Gonzalo; cumplamos el destino.
 Y el Conde, su caballo poniendo á la carrera,
 seguido de los otros, de la espesura fuera,

tras infinitas trazas, encuentran buen camino;
y, aunque la lluvia bate su rostro bravamente,
la vuelta de Brihuega, donde su rey quedó,
emprende, ya orientado, tranquilo y sonriente;
que tan extrañas nuevas borraron de su frente,
los surcos que sobre ella la adversidad trazó.

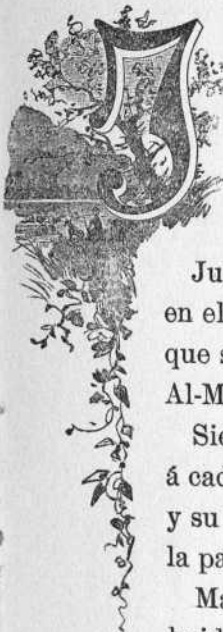


IV

Castilla por Don Alfonso

«Dios te dió triunfo y victoria
en las batallas de Egipto
y la muerte de Meruán
por temerario é impío.»

SALEH.



UGANDO estaba Alfonso, allá en Brihuega,
una opulenta, señorial morada,
que el emir Al-Mamun le ha regalado
en medio de las selvas encantada.

Jugaba al ajedrez, que es noble juego,
en el que Alfonso hubiera fama tanta
que sólo competir con él pudiera
Al-Mamun, que en el juego le acompaña.

Siente Alfonso profundas emociones
á cada nueva, magistral jugada,
y su ceñuda frente se serena,
la paz volviendo y el contento al alma.

Mas cuando, en medio del recreo, vuelve
la idea del destierro, la punzada
repercute con ecos dolorosos
para alfiles y torres, que Jesmayan,

y los jaques del árabe contrario
se repiten jugada tras jugada.

Al-Mamun cortesmente va dejando
que el rey Alfonso del apuro salga,
y, á veces, le aconseja, bondadoso,
cuando el interno malestar se agrava
y en el difícil juego se refleja
el rayo que estalló dentro del alma.

Aquella tarde Alfonso va perdiendo,
que está asaltado de inquietudes vagas
al ver que el Conde Ansúrez no regresa,
aunque la tarde va muy avanzada.

—Dexémoslo, señor, si vos parece—
dice al emir.

—Cuando queráis.

—Non cuadran

hoy á mis piezas los gentiles lances,
cá parescen ovejas descarriadas
é sin dueño, cá triscan por doquiera
é al lobo van á dar sin más andanzas.

—En cuidado me han, señor y amigo—
le interroga Al-Mamun—pues vos cá tanta
sapiencia deste juego daisme, agora
perdiades.

—Señor, es cá nos falta
para lograllo el ánimo tranquilo,
el aroma sutil, del arte mágica,
cá es la atención. En vano espero al Conde;
sus fratres non sospechan dónde pára,

y agora entró la noche tormentosa
 y Ansúr non vuelve y su tardar me pasma.
 Salió el de Ansúr y cuenta cá su gente
 vióle abaxar las sendas de la hoyada
 á perderse en los senos de los montes
 cabalgando veloz, muy de mañana,
 y agora arrecia del tronar la furia
 con desmedidas é tonantes flamas.

—Dexárais por mentido el sobresalto
 é nunca mientes del tronar parara,
 cá non supe noticia del absente
 fasta cá así vos atosiga alarma.

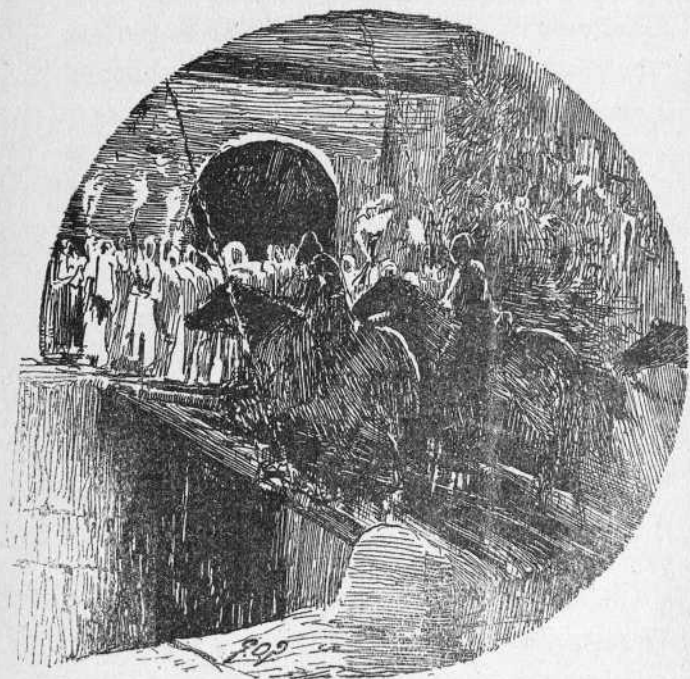
Dijo el Emir, y haciendo que sonase
 linda bocina de luciente plata,
 á un Kaid que acudiera dá la orden
 de que cien hombres, con antorchas, salgan
 á la espesura en busca del ricohome,
 por si perdido en la espesura se halla.

Cuando la tropa, de partir á punto,
 antorchas y caballos preparaba,
 se oye señal de que á la puente llega
 el que provoca incertidumbre tanta.

Anuncian al de Ansúr; los soberanos
 á recibirle presto se adelantan
 y ambos á dos tendiéndole la diestra,
 muéstranle la inquietud en que se hallaban.

—¡Tarde llegades!

—Mas á tiempo vine.



...se oye señal de que á la puente llega
el que provoca incertidumbre tanta.

—¿La tempestad vos trujo?

—Y la esperanza.

—¿Traéis quebranto?

—Truje el alma llena
de algo mejor.

—¿Achaque fué de damas?

—De una dama no más, emir.

—Entonces

¿fuísteis buscando nuevas castellanas?

—Y he vuelto en la compañía más alegre.

—¡Alá vos la conserve!

—Dios; y gracias.

—¿Cómo están los mis regnos?—dice Alfonso.

—Señor, las nuevas son harto livianas.

—Por Dios que vos mojastes bravamente
é las nuevas traeis también mojadas.

—Quizá, señor, del ruin cá vos las trajo
es más la culpa, cá de aquellas falta;
cá donde non ha seso, faltan lumbres
é donde diz podiera, non diz nada.

Así platican, con Ansúr, el noble,
durante buen espacio, los monarcas;
si el ingenio luciendo, dando oídos
á las respuestas que Don Pedro daba.

Por parte de Al-Mamun una sospecha
cruza la mente, que en la mente guarda,
no sin que, hábil, se apreste á destruirla,
ó á darla vida en certidumbre vaga,

y dejando de Alfonso y del de Ansúrez
con extremosa fiesta, la compañía,
á dar cumplido al anhelar curioso
sale buscando sigilosa trama.

*
* *

Cuando el Conde, ya á solas con Alfonso
le confia las nuevas castellanas,
sudor mortal agobia al noble príncipe,
y, antes que su gozar, su duelo estalla,
que siente la desdicha de su hermano
y el terrible dolor llantos le arranca.

Así aquellos monarcas sostenían
las hermosas virtudes que encerraban,
que, del hermano y enemigo á un tiempo,
solo el hermano en su dolor quedaba.

Apela el Conde á enérgicas razones
para templar del rey las nobles ánsias,
y le demanda su entereza toda,
que es Castilla quien debe conservalla.

A más, que no es prudente que conozca
de aquel dolor el de Al-Mamum la causa
pues ya es Alfonso rey, y allí obligado
puede quedar á la codicia arábiga.

—Non por Dios;—non le oculto—dice Alfonso
al emir el soceso, cá es probada

su leal amistade é non es justo

cá yo en perfidia agora dé la paga.

—Mirad, señor, cá puede non dexaros

cá partedes sin dalle feudo ó parias.

—Si tal contesce, Conde, es Dios servido,

cá meas culpas mes castigos mañan.

Mas non es de homes de cordura é seso

facer mentiras por longar las dádivas.

Vé, é prevenle cá quiero dalle albricias.

Y aunque Ansúr sus recelos disculpara

si en buen pensar el rey se percatase

de lo rudo del trance en que se halla,

obedece á su rey: al Emir busca

mas no le encuentra, ni le vió su guardia,

ni sabe dónde está su servidumbre,

que con el rey Alfonso le contaba.

*
* *

¿Qué es de Al-Mamun? En cámara luciente,

de alkatifas ornada y ricas sedas,

sobre cojines de oro recamados

oye atento á un cristiano, buena pieza,

que ya que no por los zequís vencido

cayó en redes de amor y paga prendas.

Le amenaza Al-Mamun con castigalle

sino rescata el lance á son de lengua

y anheloso le pide las razones
de haberse entrado en toledanas tierras.

No adivinando el pobre enamorado
por qué anhela Al-Mamun la confidencia,
buscando absoluciones, dá inocente
de la misión cristiana larga cuenta:

Del cerco de Zamora el regicidio;
de la elección de rey; de la presencia
de Arias Gonzalo, en cuya hueste sirve,
y del encuentro habido en las malezas,
cuando todos, perdidos en el monte,
fueron á dar de Ansúr en la presencia.

Queda el emir profundamente absorto,
duda el cristiano de salir sin mengua,
y ambos meditan y transcurre el tiempo,
y el fallo de aquel juicio nunca llega.

Al fin el de Al-Mamun, el rostro alzando
hasta el cristiano que humildoso espera,
le dice duramente—Si non quiéredes
en Toledo dexar la tu cabeza
toma el rocín y parte; cá tan solo
por miras de tu ré vaste con ella.
Parte é non fables de lo aquí yogado
cá ¡por Alá! pagades la vileza.

Salió el cristiano más que bien corrido,
tomó el caballo sin mayores treguas,
y á pesar de que el rayo persistía
en alumbrar las tenebrosas crenchas

de la noche, al Emir obedeciendo,
rápidamente abandonó Brihuega.

.....
.....

Y en tanto el de Al-Mamun, inquieto y triste,
por la suntuosa estancia se pasea
sin decidirse á reclamar de Alfonso,
razones que atestiguen su nobleza,
pues tiene por seguro que, sabiendo
lo que el Conde traía, lo reserva.
¿Qué más por él hacer que fué lo hecho?
¿Quién mejor le guardase y defendiera
si él, como un padre á un hijo le ha tomado,
y como amigo, á su pesar le aceta?
¡Por Alá! que si paga con misterios
el interés y amor que en él pusiera
«non habrán los malsines castellanos
del señor ré non más cá la cabeza.»

De la estancia saliendo presuroso
al mismo rey Alfonso se tropieza,
que, impaciente, al Emir también buscaba
por no callar un punto más la nueva.
—Venid, señor, venid—dícele Alfonso—
cá non mis llantos ni alegrías dexan
de ser con vos partidas, como bueno;
venid, cá tengo de pedir vos venia
para volver de mes llorados llares
á reseibir la venturosa rienda.

—Callad ¡oh ré!, callad. Cá más amigo
 vos tengo agora cá jamás oviera,
 é del ánima penas me quitedes
 cá en son de muerte entráronse por ella.
 Sé cá fuedes en Burgos aclamado,
 cá vueso fratre fenesció, é que llegan
 ricos homes é lanzas por serviros
 é por honrarvos fasta vuestas tierras.
 ¡Ah, buen ré, bien ficistes en facerme
 porcionero de cuitas é grandezas
 cá, por Dios, cá os ovía por villano
 al no darme razón de tales nuevas,
 é non facendo lo que vos ficistes
 juré non daros de partir la vénia.

Mais agora que fuedes venturado
 en facerme tal bien, yosticias teñas
 contra las mes caloñas, cá follonas
 de Eblis trujeron la maldita esencia.

Pidasme los tesoros cá gustedes,
 de mes caballos, lanzas é preseas;
 mes mexores cabdillos, mes captivas
 fermosas, y á tus plantas rendirélas.

Todo cuanto soñades, é sopiedes
 del regno de Toledo tuyo sea;
 cá la amistade paga con largura,
 é á buen juiciar, señor, mexor sentencia.

Se abrazaron allí los soberanos,
 á otro día llegaron huestes nuevas



Se abrazaron allí los soberanos

.....

que á Don Alfonso acompañar debían;
corriéronse sortijas en la Vega
y tras de convenir entrambos reyes
buenos tratados, que la paz asientan,
Don Alfonso partió para Zamora,
y más tarde juró en Santa Gadea.

Al que le acompañase en el destierro
abandonando esposa, hijos y hacienda;
al que con él comparte la fortuna
lo mismo que desgracias compartiera,
á Ansúr que le sacó del cautiverio
cuando Don Sancho le venció en Golpejar,
dió el rey tan grandes dones que muy luego
fué el más rico en privanzas y grandezas.



V

La guarda de Urraca

«Sinó que huyó con él, amante ciega
por espontánea voluntad, y sola.»

ZORRILLA.



A ya la noche vencida
y ya el alba se presenta
con despilfarros de luces
y mortandades de estrellas.

Duerme la villa acallada
por el rumor del Pisuerga,
que arrastra sus puras linfas
entre sotos y alamedas.

Junto al río alza soberbio
sus muros de orden mudéjar
la alcazaba que fundaron,
para defender su presa,
los Tovares é Refoyos
que á Valle de Olí repueblan.

Sobre un esbelto agimez
que dá del río, á la vega,
soñando vela una dama,
queriendo, velando sueña,

que son de amores ocultos
las cuitas que al alma aquejan.

De Urraca el rostro parece,
que es dama de gentileza
y tiene cielos por ojos,
y por talle una palmera
y son sus labios capullos
de rosa que á abrirse empiezan;
y tiene el cútis de nieve
y por dientes tiene perlas.
Es soberano prodigio
tan soberana princesa,
y solo quien no la mire
no muere de amor por ella.

Vigila Ansúr á la hermosa
con desmedida estrechez,
que es prenda de gran valía
que honradeces pone á prueba,
pero á Cupido no valen
ni guardadores ni rejas,
que así salva las segundas
cuanto á los primeros befa.

Suena en la otra orilla el eco
de una voz suave y leda,
y acompañada de laud
que á la cántiga dá fuerza.
Y al son, en el agimez
bordado pañuelo ondea

y cae desde lo alto
 escala tejida en seda
 por la que puede ascender
 al cielo el cantor que llega.

Cruza el río el caballero,
 que su trotón no se arredra
 ante el rumor que las aguas
 levantan entre las piedras.

Abre su hacha paso franco
 entre el jaral que se espesa
 hasta el pié del alto muro,
 y al pié de la escala llega.

—¿Se des vos, Conde?—la hermosa
 en lo alto suspira queda

—El mismo, la me querida,
 ca vos rendido se entrega
 é viene á vuesa llamada
 fenesciendo de impaciencias.

—¡Tropa Conde, ca pudieres
 fallar abaxo sorpresas
 de guardas que Ansúr me pone
 por guardar antiguas prendas.

Tropa presto el caballero,
 y así como arriba llega
 salva el agimez, entrando
 en linda estancia; se cierran
 las pintadas celosías,
 arden árabes candelas

y á su luz descubre el rostro
de Fernán de Castro, el que entra.
Cae en sus brazos la infanta
de ánsias y cuidados presa,
y en lindo cojín reposan,
las manos dél en las de ella.

—Llamades con tanto empeño
que á trueque de una pelea
con Ansúr, llegué avocado
á vos prestar me servencia.
¿Qué vos pasó, mía gloria?
¿qué vos acuita, mía reina,
que non mis ánsias ardientes
librarvos de llanto puedan?

—**Pasa, conde, la mayor**
desdicha ca vos podiera
ocurrir. El de Navarra
sus pretenderes arrecia
é la coyunda me ofresce
é los sus regnos me entrega.

Dixele que non podía
acetar tan gran fineza
ca el pecho non es tenuto
para amores cuando pena.

Mais ni razones le rinden,
ni denuestos le doblegan,
ni desfavores le cansan
ni negativas le alexan;

magüer cá decirle ove
 ca otros amores me empeñan,
 él non dexó su cuidado
 ni olvidó su cantinela;
 é así venciera las ánimas
 á mes guardianes é dueñas
 é arrancó á me ayo la
 de matrimoniar promesa.

—Antes Castilla ha de ardere
 é Navarra, que tal vea.

—Pues ved, Conde, que es llegado
 el morir de mi paciencia
 ca si un día mais se aguarda
 non valerán sotilezas.

—A ese temor, regna mía,
 contestó la mi nobleza
 acorriendo á la llamada
 por sacarvos de gran pena
 é ponervos en franquía
 baxo mes guardas é almenas.

Venid, señora, ca está
 cerca mi villa de Urueña
 donde fincan mes mesnadas
 é mes pendones ondean.
 Venid, é á ver si el de Ansúr
 de mes brazos vos aleja
 sin ca su fierro me rinda
 ó el ánima si le niega.

Se abrieron las celosías,
se apagaron las candelas,
culebreó la fina escala
por la rampa berroqueña,
y el noble, en brazos cogiendo
á su gentil compañera,
con bizarra galanura
baja y monta, triunfa y besa.

Allá van sobre el trotón,
orgullosos él de su presa,
calmando ella su inquietud,
aunque el trance aquel le apena;
unidos en dulce abrazo,
soñando delicias tiernas,
sin temer las iras, él,
de los que atajarle puedan,
sin saber si va á enlutar
á un tiempo dos reinos, ella.

Sólo su amor les domina,
sólo sus sentidos velan,
sólo oyen sus corazones
palpitantes de impaciencia;
sólo en llegar ponen miras,
sólo su amor les alienta;
y sus miradas se buscan,
y sus pupilas se encuentran,
y se atajan sus anhelos
y en los lábios se condensan.

¡Noche de plácida luna
que tales venturas cuentas
apártalas, cuidadosa,
de toda triste sorpresa!

Y así los amantes huyen
y así á los dominios llegan]
del de Castro que ya tiene
sus lanzas en son de guerra.

Un lujoso camarín
apósito dá á la bella,
y en él es fama que luego
ha de ocurrir una escena
que trajo á Castilla lances
y á Navarra rudas pruebas.

*
* *

Enfermo Alfonso, hubo un día
que al Conde la guarda dió
de su hija Urraca, que había
de heredarle, pues creyó
que solo la merecía
quien á otra Urraca guardó;
y, así, el Conde la tenía
cuando la princesa huyó.

Apenas ha clareado,
ya del sueño desligado
Ansúrez la ronda dá

que es muy grande su cuidado
y al cuidado el Conde está.

A la vuelta de la torre,
por la muralla que corre
en torno de la ciudá
como trofeo liviano
de raptó tan bien servido
halla, del muro á la mano,
la escala por que han huído
los amantes hácia el llano.

Y preso de honda amargura,
pues su honor es el honor
de la infanta, hallar procura
un remedio salvador
que ponga á salvo á la bella
del baldón en que ha caído,
pues, mejor que escarnecella,
es amparalla y traella
al recaudo apetecido.

Nadie sabe del suceso
los detalles, que no pudo
nadie haber noticias de eso,
y fué en secreto tenuto
por á la infanta salvar;
y así el Conde cuidadoso,
dá en secreto el trance odioso
que no puede remediar.
Una fábula responde



.....
como trofeo liviano
de raptó tan bien servido
halla, del muro á la mano
la escala por que han huído.

de aquello que solo el Conde
pudo en su ronda notar,
y diz que partió la infanta
por una promesa santa
que hizo en tiempos á un altar.

Así se encubre el pecado,
que fuera felón probado
quien menos supiera hacer,
mas no, del conde, irritado,
cesa el empeño formado
del entuerto deshacer.

Monta á caballo ligero
y orientándose certero
por la clase y condición,
sospecha que fué la huída
de la infanta consentida
por artes del corazón.

Que Castro siente por ella
una afición no saciada
y á él corresponde la bella
rendida y enamorada.

Y en busca va de Fernán,
y en la torre donde están,
de Urueña, fortificados,
sin más guardas ni allegados
el Conde Ansúr se presenta
á pedir estrecha cuenta
de la guarda que perdió.

Mas así como llegó
y al de Castro se anunciaba
ya la infanta procuraba
á su tutor desgraviar,
que es achaque de mujeres
con tardos llantos placeres
y honras muertas rescatar.

Prudente el Conde no acusa,
ni de respetos abusa,
que mejor que el acusar
es dejar que, en juzgadora,
la conciencia vengadora
por sí misma venga á dar.

—Paresce la mi señora,
dice el Conde, que es agora
ocasión non de llorar,
pero sí de haber mesura,
ca en los grandes es cordura
dar quebranto á la locura
é sus yerros rescatar.

—Es Conde, la dama ruega,
ca me esperanza se niega
ventura del porvenir;
ca el ré de Navarra osa
ca Urraca sea su esposa
é Urraca non quiere ir.

—E bien, si de tal empeño
vueso pecho non fué dueño



de salvarvos, aquí está
 quien por vuestro padre ha sido
 en su guarda mantenido
 é á su guarda agora vá.

Si vos al ré non queredes,
 en mí defensa tenedes,
 ca non daño os procuré,
 mas precisa á buena cuenta
ca la fuida violenta
 de mi casa fin se dé.

Fernán de Castro, que llega,
 al Conde su guante entrega,
 su guante de reto en són;
 y al recogelle el rico home
 sin que á su semblante asome
 señal de su indignación:
 —Conde, le dice, hais furtado
 por de noche, é recatado,
 una joya de me hogar,
 é mientras della dependa
 ca yo recobre me hacienda
é honras dexe en su lugar,
non me llameis á contienda,
ni por contrario os tenedes
 que non es tal condisción
 la ca vos acá trujedes
 nin á conocer me avengo:
 yo por juez acá me tengo
 é á vos fago acusación.

Ove tan noble pendón
 en progenie é fidalguía
 ca me lanza fizo alarde,
 pero non de alevosía;
 é por Dios ca agora os fia
 ca non se quebró, cobarde,
 por vuesa provocación,

Ca ya á la regna dá y toca
 agora lo provocado,
 é digno es candar la boca
 por non publicar afrentas;
 é mientras non sea juzgado
 vueso pleito desdichado,
 con vos non ajusto cuentas.

Perdístede condisción
 para luchar altanero
 con quien es é fué el primero
 de los Condes de Monzón.

—Conde, responde Fernán,
 si por mé clamando están
 los entuertos ca vos fecho
 sabedes ca están fundados
 en amores contrariados
 non en menguas nin provecho.

E non doy en la traidora
 andanza de vos tener
 por cobarde, cá es facer
 lueñe villanía agora:

mas la regna me señora
 partir mandóme, partí;
 la su vénia conseguí,
 cuando su guarda os quité,
 é non culpado quedé
 ca en su servicio me fuí.

Si non me faceis razón
 vos reto á juicio campal
 si por furto desleal
 me tachedes de felón.

Á dietas del corazón
 anda mi honor desvalido,
 é non quedará luscido
 si me regna non sostiene
 ca es furto el mío ca viene
 por su mandado servido.

—¿Sedes, señora culpada
 de tan presto obedescer?

—Sé, conde, ca soy muller
 é muller enamorada.

Así, confusa y turbada,
 la señora declaró,
 y, en que el Conde lo escuchó,
 á Fernán su guante dando
 tal le dijo Ansúr, templando
 el desdén con que empezó:

—Si pues de amor en la red
 caístes deste jaez

é cuenta non podéis dar,
ca está culpada la dama
é por su culpa es la llama
ca vos quema, sin cesar,
volved á vueso derecho,
é del reto por vos fecho
desfacedme lo retado
ca más tarde, á buena cuenta,
si la dama vos la intenta
yo os la daré de contado.

Mas agora débome
á la guarda que juré
é la señora me llevo:
cuando ella quiera casar
si con vos lo ha de lograr
ca á vos retorne de nuevo.

Dijo el Conde, y entregando
el guante le asió Fernán
su reto allí revocando,
mientras Urraca temblando,
daba gracias al galán.

Y así dió fin la quimera,
que así en épocas mejores
se tenían los valores
sin que en ello mengua fuera.

La vuelta Ansúrez tomó
con la reina, que acató
de su tutor el mandato,
mas nunca le perdonó
que, tan presto, cima dió
á sus famas y recato.

Y así como, al fin, vencida,
de su afición separada,
con Alfonso fué casada,
y á Navarra conducida,
tan gran servicio olvidó,
al Conde Ansúr repudiando,
y sus fueros fué quitando
por la guarda que juró.

En desgracia Ansúr quedó
otra vez, y fué al destierro,
mas no descansó su hierro,
que en liza ardiente y bizarra
humilló á la cimitarra,
dió más lustre á su blasón,
y engrandeció, con León,
á Castilla y á Navarra.

PARTE TERCERA

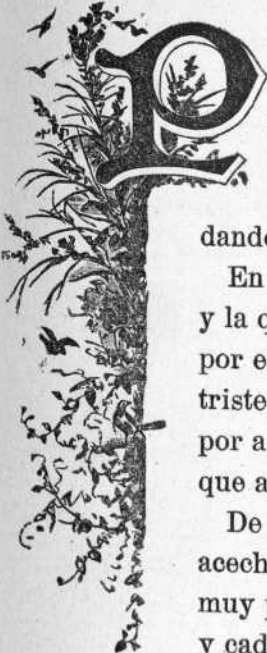


Desinterés

Generosidad de Ansúrez

«Respiró al verles la dama
que dejó el balcón apriesa.»

FERRARI.



PASARON años y mudaron tiempos,
que es Saturno maestro de mudanza
y se complace en aventar la historia
dando al polvo grandezas y prosapias.

En lucha está Navarra con Castilla,
y la que reina fuera de Navarra,
por el esposo repudiada, en Soria,
triste y sola, á sus tierras va, empujada
por aquél huracán de la fortuna
que abisma tronos y aniquila razas.

De tantos como un día la siguieron,
acechando en su torno prez y dádivas,
muy pocos son los que con ella vuelven,
y caducos y dueñas la acompañan.

Triste y llorosa vuelve la señora,
que no es viuda, soltera, ni casada,

ni halló fiel defensor en el marido
ni en el rey la prudencia soberana.

Fué mezquino, soberbio y mal fundado,
con la princesa, Alfonso de Navarra,
y en cara echóla faltas conocidas
aun antes de que esposa la llamara.

¿De qué te quejas tú, rey insensato;
de qué te quejas tú, si el hecho acatas
cuando, antes de ser reina, dióte albricias
de otros viejos amores doña Urraca?

Mas ¡ah, que sólo orgullos te guiaron
y solo de unir reinos son tus ánsias,
y así que lo reinado conseguiste
por lo sabido, sin pudor, reclamas!

¡Pobre reina que amó! ¡Reina perdida
por no saber qué cosa es la falacia,
pues acaso feliz hubiera sido
si no hablase cual buena castellana!

Fué su culpa de amor, y es brava culpa
que de Eva acá á las hembras acompaña;
que los hombres no fueran tan felices
si ellas no amasen tanto como aman.

Así aquella princesa que amó mucho,
y debió, por amar, ser perdonada,
vuelve sola á su tierra, sin amores,
sin amigos, fortuna ni esperanza.

Todos aquellos que el favor hubieron
de la hermosa y altiva y noble dama,

ó no sienten por ella ya aficiones
ó son harto ofensivas y livianas.

En su redor la lealtad se olvida,
por su valer no ríñense batallas,
y los grandes, que ven hundido al astro,
y el pequeño, que sigue al que más paga,
van haciendo el vacío en torno suyo
como es antigua condición humana,
sin que se apiaden de la reina triste,
ni quieran acorrella en su desgracia.

Todos olvidan el favor tenido,
de sus huestes deserta la constancia,
y son las afecciones que la restan
afecciones que llora doña Urraca.

Solo un noble pudiera haber salido
á pelear por ella en la demanda,
más ¡ay! que un día le apartó ella misma
de su lado, en demente represalia.

—¡Quien á me lado á me tutor trujera!
suspira la infelíz acongojada:

—con qué placer le diera acatamento
é le tornade á me solaz é gracia!

Don Pedro, que ha sabido tales penas,
y que lamenta el sino de la dama,
diz que quiere salir á recebilla
con son de reina en tierra castellana.

Recibió el buen Ansúr, cuando las bodas
consiguió Don Alfonso de Navarra

ricos dones y tierras señoriales,
y le volvió las villas confiscadas
á cambio de exigirle el juramento
que entonces á los reyes se prestaba.

Sabe ella que hubo el Conde de prestarle,
y de la real merced darle las gracias,
aunque tuviera como cosa propia
lo que, en el cambio de señor, le daban.

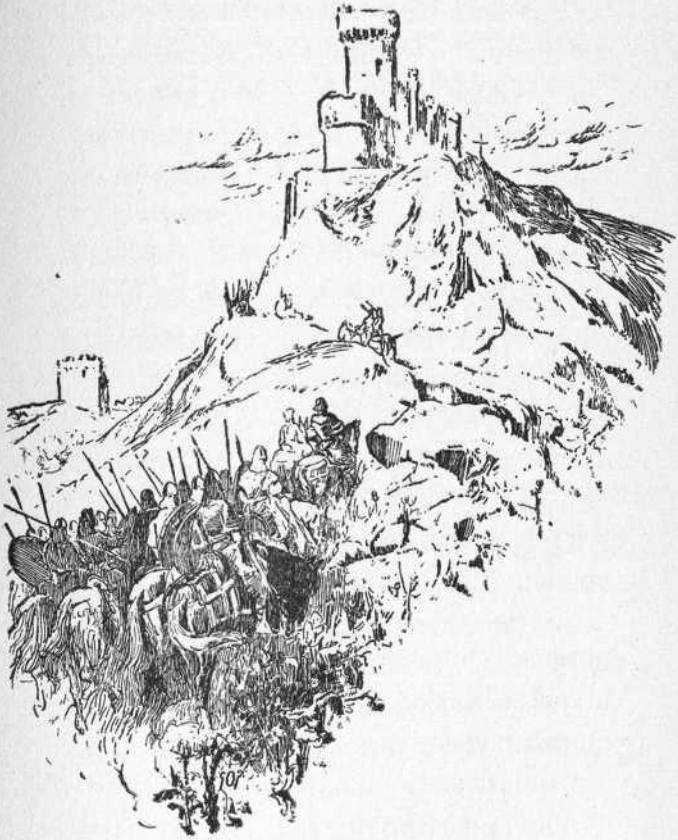
Sabe ella que por bueno y por honrado
mereció su desdén, siendo culpada,
y, á pesar de la ofensa, nunca pudo
dejar de defenderla y ampararla.

Y no vé trance en que el de Ansúr no falte,
ni pena á que su ausencia no dé traza,
que es el silencio en torno, eco de muerte
y es la ausencia de Ansúr muerte del alma.

El Conde sabe que la reina llora,
sabe que todos de su ley se apartan
y decide, clemente y amoroso,
volver de la infeliz á ser la guarda.

*
* *

Llegado á Peñafiel Urraca había
cuando sus gentes vieron que avanzaba
hácia la fortaleza récia hueste
de pajes, nobles, clérigos y damas.



....avanzaba
hacia la fortaleza recia hueste
de pajes, nobles. clérigos y damas.

Al frente, en negro potro cabalgando,
aparece un guerrero de gran talla,
luciendo ricas armas damasquinas
y acompañado de incontables lanzas.

Van las damas en bellas hacaneas,
de jaeces y cabos adornadas,
luciendo pedrerías suntuosas,
de oro y aljófar abundante, raudas.

Sobre mulas con aldas de velludo
alegres chirimías baten marcha,
y suelen las dulzainas y atabales
con ellas competir en la tocata.

Es gran admiración la comitiva,
se alborota la villa á su llegada
y á gloria, que no á lid, repican luego
con impacientes sonos las campanas.

Suspensa, en el adarve está la reina
mirando, sin saber lo que miraba,
ni qué pensar de aquella muchedumbre
que así poder y majestad encarna.

Y quiere, ansiosa, adivinar el rostro
de aquel guerrero que delante marcha;
que son los tiempos ¡ay! de luengos males
y es vengativo el dueño de Navarra.

¡Quién sabe si no ahito de su encono,
presa quiere tener en la cuitada
y vuelve, presuroso, por la reina,
en lóbrega mazmorra por guardalla.

¡Y no tiene á su lado quien la ayude,
ni cuenta buen consejo en su desgracia!
¡Ah, si de Ansúr el noble hubiera el brazo
cuán á salvo se hallase de asechanzas!

Mas ¡oh prodigio que la mente duda
sin comprender fortuna tan extraña!
un grito que resuena en el poblado
hasta la almena, donde está la Infanta,
viene á herir, rumoroso y placentero
todas las tiernas fibras de su alma.

—¡Vítor, de Ansúr—se grita en la llanura!

—¡Vítor, de Ansúr, é viva nuesa Infanta!

Y suenan más ufanos los clarines,
y se oyen más distintas las dulzainas,
y hácia la fortaleza avanzan todos,
y ondean sus trofeos las moharras,
y se abaten sumisos los pendones,
y abren calle los cuentos de las lanzas,
y por enmedio, erguido y placentero,
el Conde Ansúr con su familia avanza.

Hasta la misma puente levadiza,
con ánsia loca sale Doña Urraca,
á dar paz al que llega tan á tiempo
del triste corazón en la demanda.

Y cuando el Conde bésala las manos,
y cuando Doña Elo está á sus plantas,
y Doña Elvira tierna y ruborosa
á darla acatamiento se adelanta,

no puede más el ánimo vencido
de la infelice reina repudiada
y allí en tierra cayera si en sus brazos
el Conde Ansúr no hubiese de elevarla.

—¡Aymé,—murmura, cuando el llanto acerbo
da sueltas al raudal de las palabras.

¡Aymé ca non vos tuve de mes cuitas
fasta agora conmigo, desdichada!

¡Aymé ca dí los buenos al olvido
é de viles fiéme loca é mala!

Si de me, Conde Ansúr, rencor guardedes
é de mes desavíos penas guardas,
séante del dolor que agora siento
é de las mes fatigas, tornas dadas.

—Pluguiera el cielo ca la mía regna
en tal tribulasción nunca fincara,
ca yo por pago y horro me daría,
y en servilla non más, cobra sobrada.

Empero ca ya es tiempo y doble empeño
servilla é mantenella é sustentalla,
por regna en sin ventura, é por fuida
de ruines tierras do su mal contaba,
vine acá yo, con la intención, señora,
de me poner á vuestas nobles plantas
todos los mes peculios é yantares,
todas las mes cibdades é prosapias,
sernas é viñas, diezmos y alcaidías,
fueros é juros é heredades tantas

cual vos me regalades é yo ove,
ca su servicio pide buena paga.

Y acá truje también en vuesa ayuda,
me muller é mes fillos é mesnadas
é dello huelgo ca tomedes cuenta
ca non es prendería nin prestanza,
si non vueltas de prendas ca nos distes
é rescebí de vuesa noble casa.

Si del ré me captase enojamiento
porque jurara, sin poder juralla,
su potestá, y en pleitos me truxera
de fúria lleno, non valiera nada;
ca antes ca ser su súdito llegase
por padre me ove de la regna Urraca.

Así, fincada en tierra la rodilla,
dice á la reina el noble, con voz llana,
y un rumor de la gente que se agolpa
á contemplar escena tan bizarra
dá testimonio del creciente pasmo
con que se acoge tan rendida dádiva.

Suenan de nuevo vítores sin cuento
y el entusiasmo popular estalla,
y vienen á rendirse ante la reina
los mismos que horas antes se alejaron;
¡torpe vicio que siempre sustentaron
las muchedumbres necias y exaltadas
que antes se vencen á oropeles vanos
que á virtudes tan grandes y tan altas!

Vuelve á Valle de Olí la comitiva
llevando en triunfo á la infelíz Urraca,
y el Conde á dar al reino se dispone
la paz bendita que del reino falta.

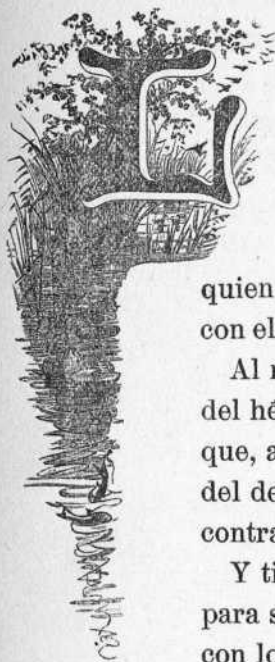


II

Justicia propia

«El juicio de aquel hombre hallando recto
Carlos tomó á aquel hombre tal cual era.»

ZORRILLA.



A nueva á oídos llegó
del rey de Navarra luego,
que nunca al rey le faltó

quien turbara su sosiego
con el cuento que llevó.

Al rey la conducta irrita
del héroe castellano
que, así, á la esposa precita
del desafuero desquita,
contra el mismo soberano.

Y tiempo viene á faltarle
para su enojo mostrar,
con lo que acuerda enviarle
quien pueda residenciarle,
y su audacia castigar.

Mas antes que apresurado
ponga en ruta al enviado,

ya en camino de Aragón
vá Ansúr, del juro prestado,
á rendir satisfacción.

Cabalga en blanco corcél,
sin birrete ni escarcél,
con manto de grana ó toga,
envuelto en luto el troquel,
y al brazo atada una sogá.

Y de esta guisa ataviado,
de sus deudos escoltado,
ante Alfonso se presenta
y humilde, más no humillado,
así de su honor dá cuenta:

«Señor, los lueñes castillos,
las mesnadas é cabdillos
ca de vos pude catar
non fueron dones sencillos
ca pudiérasme donar.

Ca fueron de mi señora,
la cual sus desdichas llora
de ca habeisla descasado
y ansí, al amparalla, agora
se los dí, por su mandado.

Mais si lo suyo entregué,
como con vos me ligué
y un juramento lo abona,
acá á traervos llegué
los feudos de me persona.

Faga en ella su josticia
 ca non pueda otra cobdicia
 de mercedes rescatar,
 é si habeis de me malicia
 con me cuerpo he de pagar,

Ca por eso vine aquí
 ensogado, como ansí
 lleva al villano el sayón,
 é podeis facer de mí
 lo ca fuere de rászón».

Escuchóle Alfonso atento,
 mas, turbado y violento,
 quiso al Conde muerte dar,
 y diera gusto á su intento
 sino viese, á su pesar,

que de tan nobles razones
 se rinden sus campeones
 y alientan al caballero,
 y van en son de perdones
 pidiendo de hidalgo el fuero.

Con lo que el rey sosegado
 le levantó lo jurado,
 volvió en su gracia á quedar,
 y el Conde libre y honrado
 dió la vuelta de su hogar.





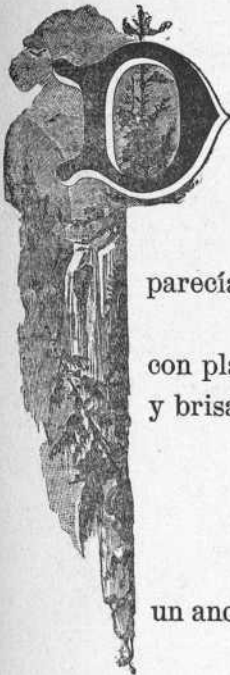
.....
é podeis facer de mí
lo ca fuere de rászón.

III

Todo se ha cumplido

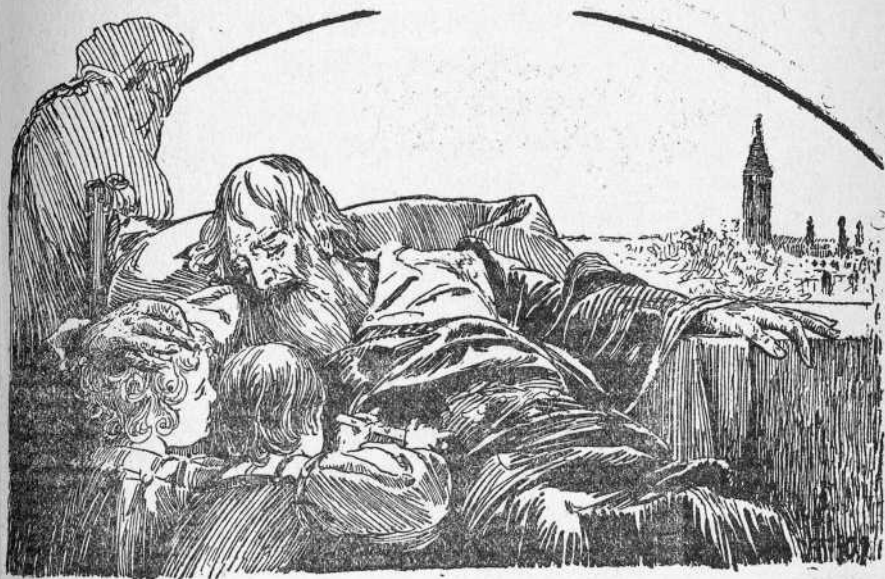
«No es su agonía la que horror y susto
con su siniestra agitación provoca.»

FERRARI.



Q E un día de otoño
corrían los fastos
y el cielo radiante
y el viento callando
parecía que, á un tiempo, trajeran
mañanas de Mayo,
con planteles de rosas lozanas
y brisas de aromas y canto de pájaros.
De una ancha ventana
que da sobre el campo
en blandos cojines
tendido á lo largo
un anciano de luengos cabellos,
brillantes y blancos,
parecía dormir blandamente,
velando dos niños su leve descanso.
Los dos querubines
miraban callados

al noble abuelito
que besan los rayos,
de aquel sol que parece gozarse
con ir á besarlo;
y en sus almas tal vez comparaban
la noble aureola con nimbos de santos.
Travieso un palomo
pasaba rozando
los lindos festones
del gótico arco
y al batir de sus alas que suenan
con golpe liviano
despertóse el dormido y la vista
posó en los dos niños gozoso quedando.
—¡Oh dulces ensueños—
murmura el anciano,
¡oh ricas memoranzas
de tiempos pasados
venid fillos meos, cá vuesas miradas
sin duda lograron
arrancar á las ruines quimeras
un mundo de dichas que yasce callado.
Se acercan los niños,
y al viejo besando,
de alegres caricias
orean sus años,
más advierten á poco que el viejo
la vista tornando



...y al viejo besando
de alegres caricias
orean sus años...

á los rayos del sol se mostraba
cual lívido espectro de cera tallado.

¡Qué grandes misterios
revela el acaso
y cómo en la vida
penetra el arcano!

Aquellos querubes, que nunca la muerte
por dicha acecharon,
al mirar del abuelo la facies
llamaron á gritos, con miedos y llantos.

Llegaron las gentes
al noble llamando,
con hondos gemidos
su duelo mostraron,
y un momento, á la vida volviendo,
les dijo el anciano.

—Non lloredes cá guárdanme arriba
muy ricos yantares de panes sagrados.

El ánima sienta
ca voy entregando;
vestíos de galas,
llamade al perlado
é ca traiga á me Dios, ca deseo
morir como santo,
ya ca nunca la flaca natura
dexóme cá fuere trunfante del diablo.

Mas antes, oísme
ca quiero dexaros

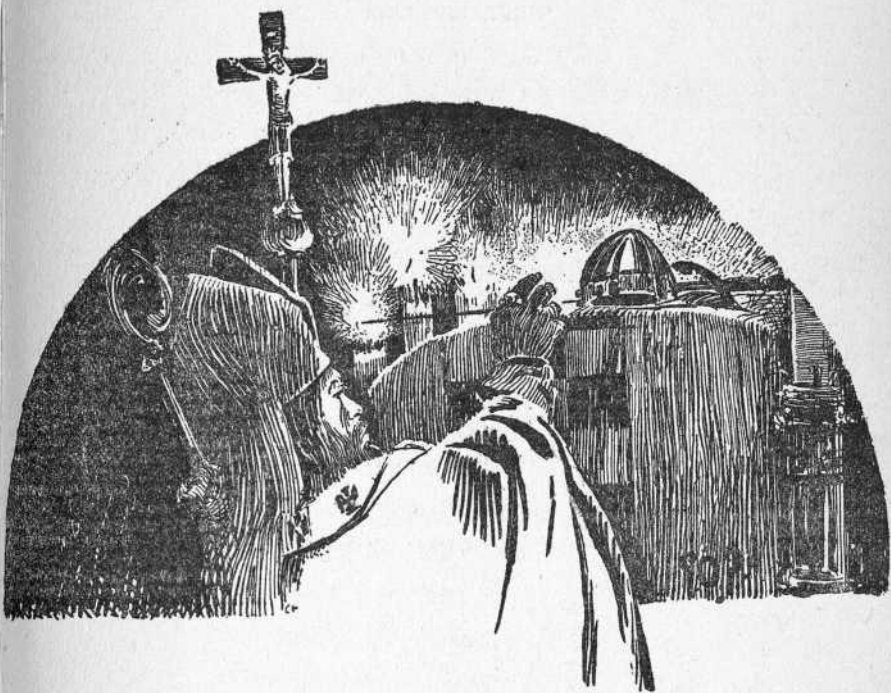
perfetas liciones
 é lueñes encargos:
 Quanto veis, esta casa é su huerto,
 más rentas é cargos
 ca en los mes cobdicilos señale
 será la me herencia ca dexo al cuitado.
 Fareislo de hespicio
 de enfermos y ancianos,
 é acá dexaréiles
 ca finen sus años;
 ca es vertú caridá muy tenuta
 de Dios é los santos
 é del cielo, é la vuesa podiera
 de penas terribles librarne é librarvos
 E luego ca sea
 del ólio sagrado
 ungido me cuerpo
 é absente de malos,
 non dexeis ca nón sea yascente
 si non donde mando;
 ca es me iglesia, la iglesia querida
 ca fizo me dueña por nueso mandato.
 Y luego con voces
 de grande quebranto,
 lloroso, á los niños
 con ánsia mirando:
 —E dexad ca ellos sean guardianes
 del cuerpo liviano

fasta tanto ca fine, ca asina
veré serafines arriba é abaxo.

Después, placentero,
tranquilo, callado,
las rústicas flores
quedóse mirando,
y á los niños volvía los ojos
en llanto mojados
cual queriendo saber quiénes eran
más bellos, las flores ó sus adorados.

Así el Conde Ansúrez
murió como santo,
lo mismo que un día
murió el rey Fernando
y al caer sobre el muerto las lumbres
del sol del ocaso,
de arreboles, tiñeron las canas
brillantes ungiendo, y ardientes besando.

FIN



¡Todo se ha cumplido!

BIBLIOTECA POPULAR
VALLADOLID

Sres. Suscriptores á esta obra



Excmo. Ayuntamiento de Valladolid.

Academia del Arma de Caballería.

Sr. D. Aquilino Sánchez Pardo.

» » Antonio Royo Villanova.

» » Alberto Tabernero.

» » Adolfo Delibes.

» » Adolfo M. Egúren.

» » Alvaro Olea Pimentel.

» » Angel Bellogín.

» » Adolfo García.

» » Andrés Pereda.

» » Alejandro Vélez.

» » Basilio Paraíso.

» » Baldomero Mayayo.

Colegio de Santiago.

Círculo Liberal.

Círculo Católico.

Sr. D. Casto Peláez.

Sres. Caamaño y Nalda.

Sr. D. Carlos Pacheco.

- » » César Casado López.
- » » Casimiro González García-Valladolid.
Círculo de Calderón.

Sr. D. Celedonio Montoya.

- » » Cándido Martínez.

Excmo. Diputación provincial.

Sr. D. Dionisio Baroja.

- » » Demetrio Ruiz.
- » « Emilio Gómez Díez, Alcalde-Presidente
del Excmo. Ayuntamiento.
- » » Estéban Pérez Terrados.
- » » Enrique Guillén.
- » » Eugenio M. Bellogín.
- » » Eduardo Berbén.
- » » Eduardo Estéban Asensí.
- » » Eugenio Sesmero.
- » » Emigdio Soto.
- » » Eloy García.
- » » Eduardo Alonso.
- » » Francisco Zorrilla.
- » » Francisco Rico.
- » » Faustino García Bosquets.
- » » Federico Tejedor.
- » » Francisco J. Foronda.
- » » Felipe Ramos Crespo.
- » » Francisco Gallardo.
- » » Francisco Daiclerieux.

Sr. D. Florentino de la Helguera.

» » Guillermo Becerril.

» » Gerardo Gutiérrez.

» » Gregorio del Alamo.

» » Gregorio Conejo Salgado.

Ilmo. Sr. D. Gregorio García Garrote.

Sr. D. Isidro Rodríguez.

Ilmo. Sr. D. José M.^a Zorita.

Sr. D. Juan Rodríguez Hernando.

» » José Mazón.

» » Julio Guillén.

» » Jacinto Peña.

» » Juan Agapito Revilla.

» » Joaquín Cebollino von Lindeman.

» » Joaquín G. de Barreda y Salvador.

» » Julio González Santelices.

» » Julio González Llanos.

» » José Jackson Veyan.

» » José Zurita Nieto.

» » José de Reinoso.

» » Joaquín Salado.

» » Julián Conde.

» » José Borrás y Bayonés.

» » José Herrero.

» » Leopoldo Jarauta.

» » Lorenzo González.

» « Lorenzo Castro.

» » Lorenzo Alonso.

Sr. D. Mariano González Lorenzo.

- » » Modesto Vaquerizo.
- » » Mariano González Contonente.
- » » Manuel García Pérez.
- » » Manuel Ortiz.
- » » Matías García.
- » » Martín Garijo.
- » » Manuel Velicia.
- » » Manuel Villalonga.
- » » Nicolás González y Peña.
- » » Norberto Adulce.
- » » Pedro Barrios.
- » » Pedro Carreño.
- » » Pedro Gobernado.
- » » Priscilo Pérez.
- » » Rafael Navarro.

Excmo. Sr. D. Ramón González Tablas, Capitán
General de la 7.^a Región.

Sr. D. Ramón Conde Presmanes.

- » » Recaredo de Uhagón.
- » » Ramón Adiego.

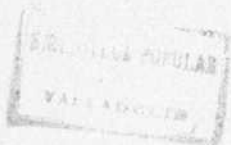
Excmo. Sr. D. Santiago Alba y Bonifáz.

Sr. D. Santos Terceño.

- » » Saturnino Alonso.
- » » Salvador M. Luelmo.
- » » Santiago Arteche.
- » » Sixto R. de Sepúlveda.
- » » Santiago Alevesque.

Sr. D. Salustiano Garrido.

- » » Sinforiano Alvarez.
- » » Segundo Cernuda.
- » » Tomás Azorín.
- » » Tomás Arés Pérez.
- » » Tomás Gutiérrez Perrín.
- » » Zacarías Herra.



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Portada.	
Dedicatorias.	
Invocación.....	9
 PARTE PRIMERA: Nobleza.	
La invasión.....	17
El alma nacional.....	25
La demanda del Rey.....	33
El Conde Ansúr.....	41
La Condesa Elo.....	47
La vuelta del Conde.....	53
 PARTE SEGUNDA: Lealtad.	
El combate de Golpejar.....	61
El Conde salva al Rey.....	67
El destierro de Toledo.....	75
Castilla por Don Alfonso.....	85
La guarda de Urraca.....	97
 PARTE TERCERA: Desinterés.	
Generosidad de Ansúrez.....	115
Justicia propia.....	125
Todo se ha cumplido.....	129





Se acabó esta obra
en la Imprenta Castellana,
el día 29 de Enero de 1912.



SL 971

80827



10000116773





D. VELA)

EL CONDÉ

ANSÓREZ

SL
971

BIBLIOTECA
POPULAR